

*nunca
digas
tu nombre*

CHRISTIAN MARTINS



**NUNCA DIGAS
TU NOMBRE**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ENERO 2021

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2021 CHRISTIAN MARTINS

Para mis chicas Martins. Pero en especial para Cipri, cuya paciencia espero que sea infinita.

¡Bienvenida al equipo!

*Yo no me encuentro a mí mismo cuando más me busco.
Me encuentro por sorpresa cuando menos lo espero...
Michel de Montaigne*

Siempre he pensado que lo mejor de una amistad es compenetrarse con la otra persona. Creo que esa es la clave para encontrar un amigo de verdad, uno de los que con los años no se pierde. Y supongo que, por esa misma razón, Cailyn y yo somos, desde que éramos unas crías, uña y carne. Terminamos juntas prescolares, nos inscribimos en el mismo instituto y entramos a formar parte del equipo de animadoras de forma simultánea. Nos costó, pero, a pesar de que Cailyn no tenía tantos créditos como yo, conseguimos ir a la misma universidad y que nuestros caminos no se separasen. Tuvimos que sobornar a un chico de administración para que, de forma fortuita, el destino nos colocara como compañeras de habitación en el campus. Y ahora, unos cuantos años después, seguimos compartiendo piso a pesar de que Cailyn continúe estudiando el último año de carrera y de que yo ya me esté especializando.

Creo que, con los años, nuestros propios padres terminaron por asumir que éramos, somos y seremos inseparables. Y, cuanto más viejas nos hacemos, más claro tengo que Cailyn y yo no nos separaremos jamás. Estoy convencida de que nuestra amistad puede con todo porque, como ya he explicado previamente, nos complementamos de forma perfecta. Cailyn es el fuego, yo el hielo. A ella le encanta el picante, a mí el chocolate. Ella es la locura en persona y yo, a pesar de no ser la sensatez personificada, pienso las cosas un par de veces más que ella antes de actuar.

—Se lo están pasando bien, ¿eh? —me dice Arnie sin quitarle los ojos de encima a mi amiga.

Le miro de reojo y veo su sonrisa tonta en la cara. Es evidente que está disfrutando del espectáculo tanto como ellos.

Cailyn está tumbada en la mesa, echándose tequila en el escote mientras Mike le lame los senos de forma obscena. Suspiro hondo antes de propinarle un buen trago a mi vaso de ron-cola. Cailyn y Mike, en realidad, no están juntos. Solamente se ven de vez en cuando y, cuando lo hacen, disfrutan juntos sin pensar en el mañana. Ambos saben que no tendrían futuro como pareja, así que ni siquiera se molestan en darse una oportunidad.

Arnie y yo, en cambio... Bueno, decir que “estamos juntos” es un tanto precipitado, porque todavía nos estamos conociendo. Pero vamos en serio. Arnie es un chico formal, cariñoso y respetuoso, puede que en un futuro me sorprenda, pero por ahora lo poco que se ha dejado ver, me gusta. Me gusta mucho, además. El problema que suelo tener a la hora de encontrar pareja es que todos los tíos de entre veintiséis —nuestra edad— y treinta y dos —mi límite antes de considerarlos vejestorios— son demasiado inmaduros para mi forma de ser y pensar. Es como si los hombres necesitaran muchísimo más tiempo para madurar y asentar la cabeza. Aunque debo admitir que Arnie parece diferente a lo que suelo encontrar por ahí. Le gusta disfrutar, el cachondeo y salir con los amigos. Sé que ahora mismo está disfrutando viendo a mi amiga semidesnuda tirada en la mesa —¡es un hombre!—, pero también sé que a la hora de la verdad es un chico decente. Y creo que con eso me basta. Sí, a diferencia de Cailyn, yo soy bastante más conformista y no sé decir que no. Esa es desvergonzada y no le cuesta dejar claro qué quiere en su vida y que no. Y, cuando estamos juntas, nos complementamos de forma perfecta. Incluso en la convivencia.

Mike le baja ligeramente la camiseta a mi amiga, dejando sus pechos al descubierto. Arnie, que

se lo estaba pasando en grande con la escenita, aparta la mirada de forma brusca y se ríe, avergonzado.

—Creo que estos dos necesitan algo de intimidad, ¿eh?

Yo me río.

No me molesta que mire. En realidad, yo también estoy mirando, ¿no?

—Creo que sí —le digo, cogiéndole de la mano para guiarle a mi habitación.

Pero no hemos dado ni un paso cuando suena el timbre. La música a todo volumen amortigua el sonido y decido que, sea quien sea, se cansará de llamar. Pero no. Insiste.

Suspiro hondo, dirigiéndome a la puerta principal. Abro sin mirar por la mirilla, adivinando que se tratará de nuestra vecina del quinto, Aida. Aida es una señora amargada que lleva tiempo buscando una excusa para echarnos del edificio, pero como no la encuentra, se dedica a tocar las narices y molestarnos en cada ocasión posible. Pero cuando abro la puerta de par en par, me doy de bruces con la realidad. No es Aida, no. Son dos hombres vestidos de uniforme que, a no ser que sean strippers contratados por Cailyn, son policías.

—Buenas noches —me dicen con voz seria y tono autoritario, cruzándose de brazos mientras echan un vistazo descarado al interior.

Me giro para comprobar si desde aquí pueden observar el espectáculo que tiene montado mi amiga y, en efecto, descubro que así es. Siento el rubor ascendiendo por mis mejillas.

—¿Desean algo? —pregunto, procurando simular una voz infantil e inocente.

Pero no cuela, claro.

Sus facciones serias no se ablandan con mis triquiñuelas.

—Una vecina ha llamado quejándose por la música alta —explica uno de ellos, el que peor pinta tiene—. Parece ser que estáis molestando al vecindario.

Trago saliva.

—Sí, ya... Habrá sido Aida —les digo, señalando hacia arriba—. No soporta que pongamos la tele a más del cinco. Es una cascarrabias.

El policía que se había dirigido a mí traga saliva y tuerce el gesto en una mueca de desagrado.

—Creo que en esta ocasión se está quejando con razón —me replica—. No sé si lo sabrá, señorita, pero son más de la una de la madrugada.

Asiento con la cabeza.

—Ahora mismo quito la música —prometo, avergonzada.

Ni siquiera era consciente de la hora.

—Sí, ahora mismo —repite el policía.

Suspiro hondo y me alejo de la puerta, dirigiéndome a la minicadena. Giro la ruleta del volumen y, de la misma, escucho los quejidos de Cailyn, protestando por la interrupción.

—No la volveremos a poner —aseguro, a pesar de que mi amiga no para de gritar que “continúe la fiesta”.

—Eso espero —dice el otro policía—. Porque si tenemos que volver a esta casa, no será solamente para dar un aviso.

Asiento, comprendiendo perfectamente a lo que se refiere.

—No será necesario —respondo de forma apresurada.

Cailyn continúa quejándose como una niña pequeña mientras yo aprovecho para despedirme de ellos lo antes posible y cerrar la puerta. Me giro hacia ella y la fulmino con la mirada. Está sentada sobre la mesa, en sujetador, empapada en sudor y fingiendo unos pucheros demasiado infantiles.

—Se acabó —digo, dando un par de palmadas—. El próximo fin de semana, más y mejor, pero creo que por hoy cerramos la licorería.

Cailyn niega rotundamente.

—Pero si nos lo estábamos pasando genial... —protesta con vocecita infantil.

Mike le da la razón y yo, desesperada, le lanzo una mirada a Arnie que significa “ayúdame con este par de borrachos”.

—¿No os lo estabais pasando bien? ¿No queréis seguir con la fiesta?

—No quiero terminar pagando una multa —le corto con rapidez—. Así que bájate de la mesa y ponte un pijama.

Cailyn sonrío con malicia y, en ese preciso instante, soy consciente de que algo malo se le está pasando por la cabeza.

—¿Y por qué no seguimos en otro sitio? —dice, levantando la botella de tequila—. Se me ha ocurrido una idea...

Pongo los ojos en blanco.

Algo me dice que no será una buena idea.

Cailyn rebusca las llaves en su bolso mientras Mike, cargado de bolsas con botellas de alcohol, mira a su alrededor nervioso. Sé de sobra que mi compañera de piso no suele tener buenas ideas, pero, hoy en concreto, se ha lucido. Supongo que terminaremos metidos en un buen lío por su culpa. Y, lo peor de todo, es que ni siquiera me explico cómo diablos he accedido a venir aquí.

—¡Aquí están! —grita con euforia, feliz.

Su tono de voz delata el grado de borrachera que lleva.

Mike se ríe, nervioso.

—Venga, date prisa... Antes de que nadie pueda vernos.

Cailyn se apresura a abrir la verja y la puerta.

—Esto no es buena idea —adviento, nerviosa—. Creo que no deberíamos...

Ella se gira hacia mí.

—No seas aguafiestas, ¿vale?

Y mordéndome la lengua, decido dejarlo estar.

Sé que mañana es festivo y que nadie vendrá al concesionario, así que por ese lado estoy un poco tranquila. Además, todos los empleados sabemos que las cámaras que el señor Miller instaló son falsas. Nunca han funcionado y solamente sirven para espantar a los posibles malhechores, no para vigilar a los empleados.

—Dejaremos todo como nos lo vamos a encontrar, ¿vale? —dice Mike, frotándose las manos.

“Esto acabará mal”, pienso. Pero decido guardarme el comentario para mí misma porque ni siquiera Arnie, que suele apoyarme en casi todo, parece tener ganas de que la fiesta termine tan pronto.

Entramos dentro.

La cuenta atrás para que comience a sonar la alarma antirrobo se dispara y yo me apresuro a desactivarla antes de que suene. Cailyn está tan emocionada y tan ebria que ni siquiera se acuerda de ella.

Miro a mi alrededor, confusa, intentando encontrarle el sentido a continuar con la “fiesta” en nuestro lugar de trabajo. Sí, Cailyn y yo trabajamos aquí, en el concesionario del señor Miller. Desde hace año y medio, somos comerciales de ventas. Puede sonar muy bien, pero en realidad nuestro trabajo es mucho menos interesante de lo que parece desde fuera. Como norma general, nos dedicamos a estar en la calle, vestidas con algo corto y escotado, mientras agarramos un cartel gigante que dice: ¡compra aquí el coche con el que siempre has soñado! Al menos, en nuestro favor, diré que el eslogan y el cartel lo diseñamos nosotras. Alguna vez nos permite dedicarnos a otra tarea, pero no a lo que se refiere a la venta de vehículos. De eso, por muy machista que pueda sonar, se ocupan ellos —el señor Miller y sus dos sobrinos—. Les encanta pasearse con los clientes soltando palabrería barata como “caballos fiscales”, “asientos deportivos”, “anclaje isofix” o “llamada de emergencia automática”. Se saben todos los trucos posibles para vender un vehículo y debo admitir que su trabajo no se les da nada mal.

—Nos viene en los genes, por eso llevamos dedicándonos a esto tantos años —nos suele decir siempre el viejo Miller.

Sacudo la cabeza, procurando no pensar en nuestro jefe mientras veo a Mike saltar dentro de

uno de los descapotables que hay expuestos.

—Creo que esto va a acabar muy mal... —murmuro, mientras Arnie abre dos cervezas y me pasa una.

Cailyn no pierde el tiempo y se apresura a encender las luces y a poner la música por los altavoces a todo volumen. El concesionario está ubicado en unos pabellones que hay junto a la vieja gasolinera de la quinta, así que no corremos ningún riesgo de que algún vecino aburrido llame a la policía. No, en realidad, lo que me preocupa es que podamos romper algo irreparable o...

—¡Por dios! —exclamo, horrorizada—. Dime que estoy teniendo una alucinación...

Arnie coloca la mano sobre mi hombro mientras yo, consternada, observo fijamente cómo Mike vomita en el asiento copiloto del descapotable. Mierda. Sacar eso de los asientos de cuero será imposible, así que más nos vale no dejar ni rastro de nuestra presencia aquí.

—¿Por qué no les dejamos disfrutar de la vida de solteros en su descapotable y... nos quedamos con el monovolumen familiar? —inquire Arnie, guiñándome el ojo.

Suelto una risita estúpida mientras su mano traviesa se planta en mi trasero. La música suena a todo volumen y nuestros amigos desfazan sin control sobre los asientos traseros del descapotable que nunca tendrán.

—Esto va acabar mal... Lo sabes, ¿verdad? —digo, dirigiéndome a Arnie.

Ni siquiera entiendo qué diablos hacemos aquí.

Para hacer lo que vamos a hacer, podíamos habernos quedado en casa perfectamente. Pero supongo que Cailyn y Mike querían algo diferente. Algo más... arriesgado.

—Pues entonces aprovechémoslo antes de que nos explote en la cara —me responde Arnie con una risita traviesa—. ¿Con cuál te quedas? —inquire, señalando la fila de coches que tenemos frente a nosotros.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Esto no es buena idea... —vuelvo a repetir.

Pero no consigo decir nada más porque Arnie se apresura a silenciarme con un largo y húmedo beso. La verdad es que, como amante, tengo que admitir que tampoco está nada mal. Suele ir bastante directo al grano, pero lo que hace, lo hace bien. Es detallista y le gusta hacerme disfrutar, cosa que agradezco. Siento sus labios carnosos y húmedos en mi oreja, mordiéndome el lóbulo con sensualidad. Provocándome. Sabe que hoy en concreto, necesito un pequeño empujón para pecar... Filtra su mano por debajo de la camiseta y comienza a recorrer mi piel, centímetro a centímetro. Sonrío antes de darle un último trago a la cerveza, justo antes de deshacerme del botellín para centrar toda mi atención en él.

—Me gustan los coches grandes —le digo, señalando uno en concreto.

Es uno de esos híbridos enormes que sirven tanto para la ciudad como para la montaña. Yo no sé demasiado de coches, pero una vez lo vi por dentro y corroboré que los asientos traseros tenían espacio suficiente como para montar un circo de acrobacias ahí adentro.

Arnie tira de mi camiseta, deslizándola por mi cabeza. Me fijo en que nuestros amigos continúan disfrutando de la botella de tequila y de la música, totalmente ajenos a nosotros. Caminamos hasta el coche y subimos a la parte trasera, que es tan grande y cómoda como recordaba haber visto. Arnie se sienta y yo me coloco sobre él. Como siempre, no pierde el tiempo demasiado y va directo al grano. Él suele ser así. No se anda con rodeos. Me desabrocha el sujetador y el pantalón. Yo hago lo mismo y comienzo a desnudarle. Hacerlo en un coche siempre me ha parecido incómodo, más aún teniendo una cama disponible. Pero me digo a mí

misma que lo mejor que puedo hacer es dejarme llevar y no pensar. Disfrutar el momento. Escucho a Cailyn cantando a todo pulmón mientras Arnie se coloca un preservativo. Tomo la píldora, pero no pienso decírselo hasta que me asegure plenamente de que lo nuestro va en serio y de que no se ve con ninguna chica más.

—Ven aquí, anda... —ronronea en mi oído, tirando de mi cuerpo para colocarme sobre él.

Desciendo suavemente, permitiendo que se hunda en mi interior y que me penetre por completo, inundándome. Comienzo a balancearme suavemente. Arnie coloca las manos sobre mi cadera y jadea de placer, disfrutando. Cierra los ojos. Siempre lo hace. Sé que verme disfrutar le provoca tanto que, si los abriera, explotaría de placer en unos segundos. Por otro lado, ver lo mucho que le excito hace que viva nuestros encuentros con mayor intensidad si cabe. Aprieto el ritmo. Él me sujeta por las muñecas y abre los ojos para mirarme fijamente. Las ventanas del coche están empañadas y el ruido de la música suena tan distorsionado desde el interior que lo único que consigo escuchar con claridad son nuestros jadeos de placer.

—Para... para un poco —me pide—. Necesito una pequeña tregua.

Sonrío con malicia.

Le estoy volviendo loco de remate, lo sé. Y me encanta.

—De verdad, Keira, para...

Me llevo las manos a la cabeza y me desato la coleta, dejando caer mi pelo por la espalda sin dejar ni un solo instante de mecarme. Siento cómo Arnie clava los dedos en mi piel, y ese pequeño gesto me indica de que está a punto de estallar. Acelero el ritmo de mis movimientos hasta que, al final, ocurre. Veo cómo su rostro se descompone y, jadeando, se agarra con fuerza a mí, reteniéndome. Yo no he alcanzado el orgasmo, pero no importa. La mayoría de las veces no lo consigo, así que estoy acostumbrada. Me hago un lado para que pueda quitarse el preservativo y apoyo la cabeza sobre su hombro desnudo. Está sudado, pero no importa. La verdad es que yo estoy igual.

—Eres increíble, ¿te lo había dicho alguna vez?

Sonrío y asiento.

—Déjame pensarlo... —bromeo, juguetona.

Arnie entrelaza sus dedos con los míos en un gesto cómplice e intimidado antes de abrazarme.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí dentro un buen rato más.

—¿Por qué? —inquiero, desconcertada.

—Porque nuestros amigos estaban cantando y bebiendo en un descapotable —me recuerda—.

No sé lo que estarán haciendo ahora mismo, pero no tienen techo que les cubra...

Suelto una risotada y asiento.

—Tienes razón —admito—. Deberíamos quedarnos aquí un rato más.

Me despierto de golpe cuando la música que sonaba a todo volumen desaparece de golpe y porrazo. La sensación es exactamente la misma que suelo tener cuando me quedo dormida viendo la televisión y, después de unas horas, el temporizador salta y se apaga.

Suelo despertarme un poco desorientada, sin comprender por qué estoy en el sofá y no en mi cama. Pues esto es lo mismo. Cuando abro los ojos estoy tumbada sobre el regazo de Arnie, acurrucada de malas formas sobre los asientos traseros de un todoterreno. Las ventanas están empañadas y nosotros estamos a medio vestir, así que no necesito esforzarme demasiado para recordar los últimos acontecimientos de anoche.

Escucho a Cailyn gritar y, por su tono de voz, intuyo que algo malo está pasando ahí afuera. Limpio el cristal con el puño de mi jersey mientras, nerviosa, sacudo a Arnie para que se despierte.

—¿Qué ocurre? —me pregunta, somnoliento.

—No lo sé —le digo, intentando atisbar algo del exterior.

Al principio se me ocurre que quizás está discutiendo con Mike, pero cuando escucho la voz del sobrino del señor Miller, mi primera hipótesis desaparece y mi mundo se viene abajo de un sopapo. “No puede ser verdad”, pienso, consternada.

—Tenemos problemas —murmuro con el corazón desbocado mientras intento procesar lo que está sucediendo ahí afuera.

Sopeso la idea de quedarnos aquí metidos y esconder la cabeza cual avestruces, pero algo me dice que esa historia tampoco tendría un buen final. Tengo que enfrentarme a la realidad.

Abro la puerta y, al hacerlo, una corriente fría y limpia se filtra en el aire sucio y caliente del coche. Cojo aire profundamente mientras salgo al exterior, en silencio, para poder escuchar cómo se está desencadenando la discusión. O, mejor dicho, nuestro despido.

—¡No quiero volver a verte por aquí! —grita el sobrino Miller, sin ocultar el cabreo en su tono de voz—. ¡Putra loca de mierda! ¡Ya puedes firmar la renuncia o te demandaré por todos los daños que has causado!

Acomo la cabeza y les observo discutir.

Cailyn habla más bajito, controlándose, mientras Mike recoge de forma apresurada todas las botellas vacías que han dejado alrededor del descapotable. Miro el capó del coche y veo sobre él una botella de tequila vacía. Eso, sumado al vómito que debe de haber en el asiento del copiloto... Bueno, puedo hacerme una idea de por qué el pequeño Miller está tan enfadado con Cailyn.

—Puede descontar los desperfectos de nuestro sueldo —le digo, avergonzada, intentando que ese pequeño gesto sirva para poner un poco de paz.

¿Qué diablos hace el sobrino del señor Miller aquí un festivo? No entiendo nada. Y supongo que Cailyn tampoco. Admito que sabía de antemano que esta era una pésima idea, pero en defensa de mi amiga, también debo decir que jamás hubiera imaginado un final de este calibre.

—¿Keira? ¿Tú también estás en esto? —inquire, indignadísimo.

Siento cómo la vergüenza me corroe las entrañas y me esfuerzo por poner la mejor cara de arrepentimiento que soy capaz. Yo, que siempre he sido una empleada ejemplar que jamás ha llegado tarde, estoy metida en un buen lío.

Nuestro —casi— jefe se cruza de hombro y tantea la mirada entre nosotras.

—Ni suspendiéndoos el sueldo y quitándoos el finiquito entero tendríais dinero suficiente como para pagar esos asientos de cuero —nos dice con voz más calmada, señalando el descapotable—. Mañana a primera hora os quiero ver aquí para firmar la renuncia, ¿queda claro?

Asiento con la cabeza. Cailyn hace lo mismo.

Me fijo en Mike, que continúa limpiándolo todo ajeno a la conversación, como si aquello no fuera con él. Aunque, en realidad, creo que es una forma de aplacar su culpabilidad por el desastre que hay armado. Arnie ni siquiera ha salido del vehículo, lo que dice poco de su valentía y absolutamente nada de su caballerosidad.

—Voy a marcharme y os vais a quedar aquí limpiando todo este jaleo —nos dice con voz seria y autoritaria—. Mañana cuando llegue, quiero encontrar esto como los chorros del oro... Le contaré a mi tío algo para justificar el desastre que hay en el asiento, pero ya podéis frotar con ganas para que no parezca una vomitona.

Tanto mi amiga como yo asentimos rotundamente con la cabeza, conforme con lo que acaba de decir. Después, nos quedamos clavadas donde estamos mientras vemos al sobrino Miller darse la vuelta y abandonar el concesionario. Cuando por fin se cierra la puerta, cojo aire profundamente y lo dejo salir muy despacio, intentando relajarme y recobrar la compostura. Cailyn, que está un par de metros por delante de mí, se echa a llorar.

—Venga, tranquila... —murmuro, acercándome a ella—. Esto no es nada. Un pequeño bache.

Sé que me necesita, pero me da rabia ver que ella puede derrumbarse a pesar de ser la única y completa culpable de la situación mientras que yo me tengo que mantener fuerte.

—Si firmamos la renuncia no tendremos derecho al paro... —me dice con la voz titubeante—. No sé cómo vamos a pagar la maldita hipoteca.

Intento no perder los nervios.

—Tengo algo ahorrado y... Tendremos que ponernos a buscar trabajo seriamente —le advierto—. Creo que, al menos por una temporada, se han acabado las fiestas.

Asiente con la cabeza.

Parece arrepentida.

—¿Cómo diablos voy a pagar la universidad?

Cailyn tiene fraccionados los pagos de las matrículas para poder hacerles frente. El crédito que pidió para pagarse la carrera se consumió en su tercer año, así que hace tiempo que vive endeudada y sacándose las castañas del fuego como buenamente puede. Yo aún no he terminado de pagar el máster, pero al menos duermo tranquila por las noches sabiendo que mis padres me pagaron la carrera y que no cargo sobre mi espalda esa losa.

—Lo solucionaremos juntas —prometo, aunque sé que ahora mismo su situación no pinta nada bien.

Si no pagas un mes, no puedes examinarte. Así de simple. Tienes que estar al corriente de todos los recibos para poder optar a las pruebas.

Arnie aparece junto a nosotras y, confuso, me pregunta qué es lo que ha pasado. Le fulmino con la mirada, cabreada. Es evidente que se está haciendo el tonto y que ha estado escuchando toda la conversación. No quería dar la cara y ha preferido mantenerse en la sombra.

—Que estamos despedidas, Arnie. Eso es lo que ha pasado.

Cailyn y yo nos miramos fijamente, conscientes de lo cara que nos ha salido la noche de fiesta. Pero como siempre, por muy mal que se ponga la situación, ambas sabemos que nos tenemos la una a la otra, y eso ya es mucho.

Han pasado dos semanas desde que firmamos, muy a nuestro pesar, la carta de renuncia del concesionario del señor Miller. Al principio me sentí una verdadera fracasada, pero ahora, con perspectiva, me alegra que las circunstancias transcurrieran de esa forma.

Tengo que admitir que exponerme en la calle con una minifalda y un cartel, sintiéndome como un pedazo de carne sin cerebro, no era el trabajo de mis sueños. ¡Por Dios! ¡Era un trabajo realmente ridículo! Ni siquiera consigo comprender cómo diablos nos las apañamos para aguantar en ese horrible lugar durante tanto tiempo.

Me acomodo en el sofá, frente al televisor y junto a la tarrina de helado de chocolate belga que Cailyn compró anoche. Empezó a comérselo, pero no tiene tan buen estómago como yo. En realidad, come como un pajarito. En el fondo, la envidio. Supongo que ese es el verdadero secreto para tener un tipazo como el de mi amiga. Yo, en cambio, debo dar suerte al destino y a los genes que he heredado de mi madre por ser de constitución delgada. Aunque ni siquiera esos malditos genes son capaces de luchar contra la celulitis que causa las cantidades indigestas de calorías que ingiero diariamente.

—Me marchó —anuncia Cailyn, sentándose en el sofá para calzarse los tacones.

La miro de reojo.

—Últimamente te llaman mucho, ¿no?

Cailyn asiente antes de lanzarme una mirada asesina.

—¿Ese es mi helado?

—¿Crees que te sacarán del turno de noche? —inquiero, desviando el tema hacia otro lado mientras chupeteo la cuchara con placer—. Es injusto que solamente te llamen para hacer noches.

Cailyn aprieta los labios en señal de conformidad.

—Es lo que hay —me dice, resignada—. Me toca cubrir a los que fallan, y la gente no suele fallar un lunes por la mañana... Prefiere escaquearse de los sábados de noche o de los domingos por la tarde —añade, levantando los brazos y dejándolos caer en señal de rendición—. Además, pagan bien y necesito el dinero. Creo que no es momento para ser meticulosa.

Suelto una breve risita antes de meterme otra cucharada de helado en la boca.

—Casi me creo que estás madurando —aseguro, señalándola con la cuchara—. Pero en el fondo sé que todo es producto de la desesperación. En dos días volverás a ser la misma Cailyn desastre de siempre.

Ella se pone de pie, dedicándome una sonrisa irónica.

No puedo evitar fijarme en lo elegante que va vestida. Cailyn me ha contado que el jefe del local las obliga a ir bien vestidas y en tacones, lo que sumado a lo bien que pagan y al hecho de que solamente vaya por las noches... Me hace sospechar.

—Oye, todavía no me has dicho cómo se llama el local en el que estás trabajando... —murmuro, fingiendo preguntar sin ningún interés oculto—. ¿Dónde está? Debería saberlo, por si ocurre algo y tengo que ir a buscarte de forma imprevista.

Cailyn suelta una risita nerviosa.

—Cogeré una tarjeta de visita para dejar en casa, pero ahora tengo prisa —responde de forma

atropellada—. ¡Te veo mañana!

La fulmino con la mirada antes de ponerme de pie de un salto.

Yo voy descalza y ella en tacones, así que no necesito ser muy rápida para llegar en primer lugar a la puerta. Me cruzo de brazos, mirándola muy fijamente.

—¡Por Dios, Keira! ¡Me pides más explicaciones de las que me pedía mi madre a los quince!
—protesta, riéndose.

Pero me he puesto seria y, sí, en efecto, quiero explicaciones.

Sé que la fiesta que nos pegamos en el concesionario nos salió muy cara, que lo está pasando mal y que no tiene ahorros. Pero nada, absolutamente nada de eso, justifica lo que creo que está haciendo. Conozco a Cailyn y cuando intenta fingir que todo va bien es cuando uno debe preocuparse de verdad, porque significa que las cosas se están yendo a pique sin control.

—Dime el nombre del local —insisto, sin rendirme, taponando la salida.

Cailyn también se cruza de brazos, retándome con la mirada.

—Sabes de sobra que no tienes que aportar nada al alquiler, ¿verdad? Puedo apañármelas para pagarlo con mis ahorros.

—¿También vas a pagarme el último año de universidad? —contrataca—. ¿Y el crédito? ¿Vas a pagar mi comida y el alquiler hasta que encuentre algo mejor?

Aprieto la mandíbula y no respondo, pero tampoco me muevo un solo ápice.

—Lo que me temía —me dice, sonriente—. Pues ahora, amiga, hazte a un lado para que pueda irme a trabajar.

—¿Estás trabajando en un prostíbulo? —suelto a bocajarro, sin andarme con rodeos.

Cailyn me mira boquiabierto antes de soltar una gigantesca carcajada. Recibo esa respuesta con alivio, aunque también con sorpresa.

—¿En serio has llegado a pensar que me estaba prostituyendo? —inquire, agitando la cabeza de un lado a otro con desesperación—. Eres increíble, Keira. Pensaba que me conocías un poco mejor...

Suspiro profundamente, sintiéndome un tanto culpable por mi mente mal pensante.

—No creí que te estuvieras prostituyendo, pero sí pensaba que trabajabas... en uno de esos puticlubs. Ya sabes, sirviendo copas y eso —admito—. Pero si estoy equivocada... ¿Dónde estás trabajando? ¿Por qué no sueltas prenda, Cailyn?

Mira el reloj de su muñeca con desesperación.

Tiene prisa e intuyo que ya llega tarde al trabajo.

—Te aseguro que no es nada malo —me dice—, solo un local de copas, nada más. Te prometo que, si me dejas irme, mañana te lo contaré todo.

La miro fijamente a los ojos, intentando averiguar si me dice la verdad o no. Lleva casi una semana esquivando el tema y, una vez más, está a punto de salirse con la suya. Vuelve a mirar el reloj antes de suplicarme de forma silenciosa que la deje marchar.

—¿Mañana me lo cuentas todo?

Levanta la mano derecha en alto en señal de juramento.

—Prometido. Mañana.

Aunque no me fio un ápice de ella, decido dejarla marchar. Algo en mi interior me dice que, por mucho que la interrogué, no conseguiré que suelte prenda. Está cerrada en banda.

Decido hacerme a un lado y, con un nudo en el estómago, la dejo marchar.

—Ten cuidado, por favor.

Ella sonríe como si no pasase nada malo. Y, la verdad, yo ni siquiera sé qué debo pensar. Por

alguna razón incomprensible, tengo un mal presentimiento.

—Descuida. Sé cuidarme muy bien —responde a modo de despedida.

La puerta se cierra con un sonoro portazo y escucho el taconeo de sus pasos descendiendo por las escaleras.

—En realidad, no... Nunca has sabido cuidarte bien —digo en voz alta, exteriorizando mi preocupación por ella.

Decido dejar el tema, darle al botón del “play” y continuar disfrutando de mi helado semi derretido y de la película romántica que tenía puesta en la televisión. Pero no transcurren ni cinco minutos cuando comprendo que no conseguiré concentrarme en su argumento. Tengo la mente demasiado ocupada. Cojo mi teléfono móvil y, distraída, reviso las redes sociales. Tengo un par de mensajes de Arnie que decido seguir ignorando. Desde la noche del concesionario no hemos vuelto a vernos y, para ser sincera, prefiero que siga siendo así. Arnie me sorprendió, y no lo hizo precisamente en el buen sentido. La verdad, esperaba mucho más de él. Cailyn tampoco ha vuelto a ver a Mike, o al menos eso me ha dicho ella. No era mal tipo y se lo pasaban muy bien juntos, pero ahora mismo no está preparada para ninguna relación seria y ha decidido cortar lazos antes de que continuaran anudándose con más fuerza.

Dejo el teléfono de lado, me bebo los restos que quedan en la tarrina de helado y cojo el ordenador. No me siento demasiado bien haciéndolo, pero decido echarle un vistazo al correo electrónico de Cailyn para ver si descubro algo que me ayude a desvelar su misterioso nuevo trabajo. Pero, además de correos de spam y suscripciones absurdas, no hay nada. Ni rastro de lo que está haciendo. Decido dejar el tema y no darle más vueltas hasta mañana. A fin de cuentas, ha prometido contármelo todo, ¿no? Supongo que, si sigo insistiendo, terminará cumpliendo su promesa, aunque sea por no tener que escucharme más. Sí, así de aburrida puedo llegar a ser...

Me meto en mi email y reviso los correos electrónicos que yo tengo. Ayer me dediqué a enviar currículos a todas las ofertas de trabajo que vi disponibles, pero por ahora solamente me ha contestado una ferretería que busca una dependienta algunas horas sueltas de la semana. No es mucho, pero algo es algo. Lo ideal sería encontrar trabajo de lo que estamos estudiando; aunque solamente fuera un contrato como becaria con un sueldo ridículo. Me conformaría con eso, por supuesto, si al menos consigo sumar experiencia laboral de mi gestor a mi carta de presentación.

Pero está la cosa mal. Cailyn tiene razón cuando dice que estamos metidas en un buen lío y que tenemos que conformarnos con lo que sea. Mis ahorros servirán para pagar dos o tres meses de alquiler y gastos, cuatro a lo sumo; pero no durarán eternamente. Ahora que tengo el máster prácticamente acabado, no puedo echarlo todo a perder. Y llamar a mis padres para pedirles que me arreglen la vida tampoco es, precisamente, una opción a considerar. Hace bastante tiempo que me considero una persona independiente y capaz de mantenerme a sí misma, así que tener que realizar esa llamada resultaría un retroceso personal inimaginable. Anoto el número de teléfono de la ferretería y me digo a mí misma que mañana llamaré sin falta para concertar una entrevista de trabajo. No es, ni será, el trabajo de mis sueños. Pero servirá para mantenernos a flote hasta que salga algo mejor.

Antes de cerrar el ordenador, miro la hora. Son la una de la madrugada.

—¿Qué diablos te traes entre manos, Cailyn? —murmuro en voz alta, incapaz de no sentir preocupación por ella.

Siempre ha sido como mi hermana pequeña y, después de tantos años, podría decirse que he desarrollado una especie de radar que me previene cuando se mete en algún lío.

Y, ahora mismo, el radar se ha activado y suena con fuerza.

No sé qué diablos estará haciendo, pero intuyo que no será algo de mi agrado.

Cuando me despierto Cailyn aún duerme.

Ayer la escuché llegar a casa sobre las seis de la madrugada. Estuve tentada de salir de la habitación para continuar con el interrogatorio, pero decidí concederle un pequeño margen y no atosigarla demasiado. Sé cómo es Cailyn. La conozco demasiado bien y, por esa misma razón, sé que tarde o temprano terminará confesando. Pero, como norma general, acorralarla en exceso solamente sirve para ahuyentarla. De todas formas, ella sabe muy bien qué no daré el tema por zanjado hasta que obtenga la respuesta que busco.

Anoche, cuando me quedé dormida, soñé que mi vida se había transformado en un horrible episodio de la famosa serie de CSI y que la policía forense llamaba a la puerta de nuestro piso para interrogarme sobre la “extraña muerte de mi compañera de piso, la prostituta”. Y ahí estaba yo, en mitad de mi onirismo, deshecha en lágrimas mientras explicaba con la voz gangosa y la mandíbula temblorosa que no tenía ni idea sobre la vida de mi amiga y que jamás me hubiera podido imaginar un final así. Pero, en el fondo, sí. Sé que, si Cailyn se mete en problemas o en sitios turbios, podría terminar mal. Recuerdo la vez que trabajó de gogo en una discoteca de críos, por las tardes. Al principio parecía un trabajo sin demasiadas complicaciones. La discoteca abría en sesiones de tarde donde la edad mínima de acceso era de dieciséis años. Había alcohol y algunos chavales de dieciocho años que luego querían seguir con la fiesta, pero la mayoría de los asistentes eran críos de catorce que falsificaban el carnet de identidad y se tomaban un par de copas a hurtadillas de sus padres. El problema llegó cuando, en uno de esos bailes con minifalda y top, un crío se obsesionó con Cailyn. La acosó meses y librarse de él fue un verdadero problema, porque el chico no parecía aceptar un “no” como respuesta. Al principio Cailyn le ignoró, hasta que empezó a salir con un chico. Todavía recuerdo aquella noche en la que, al salir del cine, me llamó histérica porque alguien les había pinchado las cuatro ruedas del coche. Fue entonces cuando decidió que debía tomarse en serio el asunto de su acosador.

Por suerte para Cailyn, todo terminó cuando el chaval se encaprichó de otra chica de su edad. Al parecer, se echó una novia de verdad y dejó de fantasear con que Cailyn y él, en un futuro, estarían juntos.

Me preparado un chocolate calentito. En el exterior hace frío y las ventanas del piso están cubiertas de vaho. Me acerco hasta la cristalera de la sala y pego mi rostro al cristal para observar la calle que, abarrotada, da comienzo con su habitual ajeteo a la vida diaria de la ciudad.

Aferro la taza entre mis manos a pesar de que hace rato que se ha enfriado. Aún me queda chocolate en su interior, y aunque está templado, sigue teniendo el mismo sabor dulzón que tan loca me vuelve. Lo mío con el chocolate siempre ha sido un verdadero problema, sí.

Enciendo el ordenador y descubro que la propietaria de la ferretería quiere entrevistarme después de comer. Me deja un número de contacto y me pide que confirme la asistencia antes de las diez de la mañana. Le contesto de inmediato. Son las ocho y media y aún tengo toda la mañana por delante, así que decido ordenar el piso para mantenerme ocupada.

Por lo general, los días en los que no trabajo, ni estudio, ni asisto a clase, me siento una inútil.

Es como si, de alguna forma, estuviera desaprovechando las horas tirada en el sofá sin hacer nada. Me repito a mí misma una y otra vez, en bucle, que descansar también es bueno para la salud. Tanto física como mental. Pero por mucho que me lo diga, no consigo justificar mi actitud y siempre termino haciendo algo en casa o preparando algunos apuntes para el día siguiente. Hoy es un día de esos.

Podría descansar y pasar la mañana viendo series en el ordenador o bebiendo chocolate mientras pasan las horas, pero no soy capaz. Empiezo por la cocina. Los platos sucios empezaban a desbordar la fregadera y nuestro hogar corría el riesgo de acoger cucarachas o, peor aún, ¡ratas! Después me paso al salón y le pego un repaso al polvo. Por último, preparo la comida. No estoy muy inspirada, pero mantenerme ocupada me está viniendo bien para que las horas se pasen rápido mientras espero a que mi amiga se despierte. Me decanto por un sencillo arroz integral con verduras. He decidido que, de aquí en adelante, me tomaré un poco más en serio lo de llevar un estilo de vida saludable.

—Pero qué diablos es esto... —murmuro al abrir el bote de arroz integral, el que estaba guardado al fondo de la estantería.

En realidad, no nos quedaba arroz. Pero el bote está lleno. Muy lleno. Saco los billetes e, impresionada, los voy contando de uno en uno sin poder creer lo que veo. Seis mil dólares. Casi el mismo dinero que tengo ahorrado en mi cuenta bancaria. El mismo dinero con el que estoy manteniendo este piso y con el que pago las facturas y las compras.

—¿En qué andas metida, Cailyn...? —murmuro en voz alta, consternada.

No quiero pensar mal y no quiero ponerme en el peor de los casos, pero esto no me huele bien.

Me siento en el sofá con el bote de arroz integral abierto, frente a mí, mientras espero a que Cailyn salga de su habitación. Está despierta; lo sé porque me he asegurado concienzudamente de que no sea capaz de conciliar el sueño ni un solo minuto más. He pasado la aspiradora, he puesto música y he cantado a pleno pulmón, como nunca antes había hecho.

Hace cinco minutos que la he escuchado gruñir y protestar, así que supongo que no debe de faltar demasiado para que salga de su habitación echando sapos y culebras por la boca.

—¡Keira! —exclama Cailyn, histérica—. ¿Pero se puede saber qué diablos estás haciendo? ¿Te has vuelto loca de rem...?

Se queda en silencio cuando me ve aquí plantada, frente al bote abierto. Su cara de enfado se descompone en un instante y la ira que reflejaba su rostro se descompone para dejar paso al desconcierto. La conozco lo suficientemente bien como para saber que no sabe cómo defenderse. Ahora mismo está pensando. Y algo me dice que no está pensando en decirme la verdad, sino en contarme una de sus habituales mentiras.

—Cailyn, para ya, por favor —le digo, cruzándome de brazos con un gesto serio e impasible.

—Eso... Eso del bote es de un amigo... de Mike —miente, como si fuera una adolescente a la que han pillado sus padres con un paquete de tabaco y tendría que justificarse de alguna forma, por poco creíble que resultase—. Se lo llevará el próx...

—Ya vale, Cailyn, por favor. Para ya —corto, poniéndome histérica.

No soporto que se comporte como una niña pequeña. Y más aún cuando el asunto a tratar es algo serio.

—Tengo que irme a una entrevista de trabajo, así que no me hagas perder el tiempo y cuéntame la verdad ahora mismo.

Se queda mirándome muy fijamente con los ojos tan abiertos que da la sensación de que, de un momento a otro, le saltarán de las cuencas.

—Pues, resulta que... El otro día... —murmura de forma entrecortada.

Levanto la mano en alto para detenerla y la fulmino con la mirada.

No sé qué está a punto de decir, pero sea lo que sea, es otra mentira. Y creo que la cosa se ha puesto lo suficientemente seria como para exigir la verdad sin andarme con rodeos.

Cailyn suspira profundamente y pone cara de derrota.

—Está bien —admite, relajando el cuerpo y entrelazando las manos mientras se sienta en el sofá—. Siento no haberte contando la verdad, pero...

—Pero, ¿qué? ¿De verdad crees que me merezco que me ocultes tu vida? ¡Joder! ¡Soy como tu hermana!

Ella asiente, avergonzada.

—Lo sé, lo sé... Pero sé cómo te pones cuando actúo de una forma que no te parece “ética” —me dice, lazando unas comillas ficticias al aire con los dedos—. Y no me apetecía escuchar uno de tus sermones morales, la verdad —admite—. Lo del bote no pensaba ocultártelo, pero tampoco tenía en mis planes decírtelo así más. Esperaba ir aportando el dinero poco a poco sin levantar tus sospechas o... Bueno, otro plan era decirte que había ganado algo con un boleto de lotería.

Alzo las cejas en alto, incrédula.

—¿De verdad? ¿Y pensabas que te creería?

Ella asiente.

—¿De dónde iba a sacar sino el dinero?

Suspiro hondo y decido no discutir ni permitir que el tema se desvíe. Conozco a Cailyn y sé que, si se lo permito, intentará escaquearse.

—¿Me vas a contar de dónde ha salido la pasta o no? —exijo de mala gana—. No tengo todo el día.

Ella asiente, formal, dibujando una carita angelical de niña buena. La tengo demasiado bien calada.

—Está bien —admite al final—. Te lo diré, pero sé que no te va a gustar.

—Bien, empieza —la insto.

Ella sacude la cabeza.

—Primero tienes que prometerme que no me juzgarás y que procurarás tener bajo control esa vena de madre insoportable que te sale a veces.

—¡Dios santo, Cailyn! —exclamo, saltando del sofá—. ¿Te estás prostituyendo?

—¡No! —grita ella en voz alta—. No, no... —repito más bajito—. Ya te dije ayer que no. No es eso, de verdad. Joder, ¿de verdad crees qué...? —sacude la cabeza sin terminar la frase—. No es eso.

Cojo aire, relajándome y sentándome en el sofá de nuevo.

—Cuéntamelo —le digo, procurando que mi tono de voz suene calmado.

Ella asiente.

—Estoy trabajando como camarera, lo juro. Solamente sirvo copas en un local, nada más —me dice, pero al ver la cara de póquer que le estoy dedicando, decide continuar con la explicación sin andarse con rodeos ni mentirijillas—. El dinero viene porque... Estoy trabajando de camarera en un local ilegal de apuestas. Es... un casino clandestino.

Pestañeo varias veces sin saber qué decir.

—¿Un casino clandestino? —repito, boquiabierta.

Vale, podía esperarme cualquier cosa que viniera de ella, pero tengo que admitir que esto me ha pillado por sorpresa.

—Sí, un casino clandestino —confirma.

La miro horrorizada, sin saber muy bien qué decir.

La verdad es que me esperaba algo mucho peor; estaba convencida de que ese dinero venía de drogas o de prostitución, así que esto es un alivio. Por otro lado, ¿cómo se las apaña Cailyn para meterse en tantos líos?

—¿Es qué no tienes ideas buenas? —pregunto, alzando los brazos en alto—. Sabes que puedes terminar metida en un buen lío, ¿no? ¡Esto es una locura!

Ella sonrío.

—Lo sé, lo sé... —me dice, aunque no veo ni un atisbo de arrepentimiento en su mirada. Más bien, parece orgullosa—. Solamente serán un par de fines de semana más, hasta que consiga el dinero suficiente como para poder estar tranquila una temporada mientras busco un trabajo decente.

—¿Y qué consideras un trabajo decente, Cailyn? Hay mil ofertas en internet, y no te he visto contactar ni interesarte por ninguna de ellas.

—Trabajar doce horas de pie tras la barra de un bar por un sueldo irrisorio no es sinónimo de tener un trabajo decente —señala, aunque puedo ver que se arrepiente nada más decirlo—. Pero si tengo que hacerlo, lo haré. Te prometo que solamente serán un par de fin de semanas más.

Suspiro hondo, intentando hacerme una idea de qué es lo que podría suceder si la pillan trabajando en un sitio como ese. No tengo ni idea, pero algo me dice que no se quedaría en un pequeño susto. Esto es algo serio, por mucho que Cailyn se esfuerce en restarle hierro al asunto.

—¿Un par? ¿Dos?

—Tres, como mucho cuatro —me asegura—. Me he comprometido y no puedo dejarles tirados, pero en cuanto termine el mes...

—Cailyn, por favor...

Ella asiente.

—Te lo aseguro, solamente será un mes más como mucho.

Levanto las cejas, mirándola con fijación.

No me creo una sola palabra de lo que me está diciendo.

—Un mes y se acabó —promete.

Asiento con la cabeza.

—No soy tu madre, ni siquiera soy tu hermana, así que... Tú sabrás —concluyo—. Si terminas metida en algún lío no...

—No terminaré metida en un lío, de verdad. Créeme —asegura con tanta convicción que casi parece creíble—. Solamente tendré que ir un par de veces más y, después, se acabó. Asunto olvidado.

Me levanto del sofá y me pongo el abrigo mientras me pregunto si estará siendo sincera o si solamente será una artimaña para librarse de mí y que deje de darle la tabarra. Cailyn suele ser tan cabezota como infantil.

—Me voy a la entrevista de trabajo... —murmuro, esperando que tome un poco de ejemplo de mi actitud y que se le meta algo bueno en la cabeza—. Te veo luego.

—¡Sí, claro! —me dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Nos vemos luego.

Cojo aire profundamente y camino hasta la puerta, pero cuando estoy a punto de salir, me giro hacia ella.

—¿Cuánto dinero ganarás en un mes? —pregunto, con curiosidad.

Ella sonríe, y esta vez el orgullo es patente en su gesto.

—Otros seis mil, mínimo.

Pestaño, incrédula, esforzándome por no mostrar ningún gesto de alabanza hacia ello. Pero en el fondo me entran ganas de gritar al pensarlo. Yo, trabajando por horas en la ferretería, ganaré unos cuatrocientos o quinientos dólares mensualmente, como mucho. La vida, a veces, es demasiado injusta...

—Te veo luego —murmuro, antes de salir de casa.

Salgo de casa sin paraguas, pensando que el sol brillará al menos un par de horas más. Pero, para mi sorpresa, estoy equivocada. No consigo alejarme ni dos pasos del portal cuando siento la primera gota de lluvia cayendo en la punta de mi nariz.

—Genial —mascullo, pensando que mi día no puede empeorar más.

Pero, una vez más, estoy equivocada.

No consigo dar ni dos más antes de comprender que, mi día, puede empeorar muchísimo más.

—Keira, ¿podemos hablar un minuto?

Siento su mano pesada agarrándome del brazo y, de forma involuntaria, me giro sobresaltada. No veía a Arnie desde el día en el que me despidieron del concesionario y, si he de ser plenamente sincera, tampoco esperaba volver a verle nunca más.

Me ha estado llamando y mandando muchos mensajes, sí, pero esperaba que tras mi rotundo silencio comprendiera que no quería volver a saber nada él.

—¿La verdad, Arnie? No —respondo de forma cortante, aunque utilizando un tono de voz amigable. Continúo caminando, pero siento su presencia tras de mí—. Creo que no tenemos nada que hablar.

—Es que no entiendo nada —me dice, siguiéndome muy de cerca—. No comprendo por qué nos hemos separado y distanciado tanto... Creía que todo iba bien entre nosotros.

Le miro de reojo. Parece confundido y dolido, y eso hace que se me ablande ligeramente el corazón.

—Voy a una ferretería que está a un par de manzanas de aquí —le digo, aunque sé que más tarde me arrepentiré de lo que estoy diciendo—. Puedes acompañarme. Pero nada más, ¿eh?

Él asiente, conformándose con las migajas que le ofrezco.

Se coloca a mi lado y acelera el paso para caminar al mismo ritmo que yo.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas ni a mis mensajes, Keira? No entiendo nada.

Me pego más al edificio porque la lluvia se ha comenzado a intensificar y, de esta forma, el saliente del tejado me cubre ligeramente. Arnie se va mojando a mi lado, pero no parece importarle lo más mínimo. Está tan concentrado en obtener respuestas que, intuyo, no le importa nada más.

—Te he dejado de contestar porque... —comienzo, armándome de valor—, porque si te soy sincera, Arnie, creo que no somos compatibles. No eres la clase de chico con la que me veo saliendo en un futuro.

Él acelera el paso.

Camina sin mirar a los transeúntes con los que se va encontrando de frente, provocando que en más de una ocasión estén a punto de colisionar contra él. Me va mirando a mí. Solamente a mí.

—Pero, ¿por qué? Necesito una razón —suplica, y por primera vez soy consciente de lo cansado y entristecido que parece—. Necesito entender qué es lo que he hecho mal.

Me quedo en silencio, sopesando cómo debo explicarle que los chicos “cobarde y sin sentido del honor” no me atraen. No quiero ofenderle y empeorar las cosas, pero cada vez que recuerdo que él escondió la cabeza y nos dejó a los demás enfrentarnos solos a los leones, no puedo evitar sentir cierta vergüenza por haber compartido mi tiempo con él.

—Casi hemos llegado... —le comunico, dejándole claro que la conversación está a punto de terminar.

—Pues dame una razón y lo dejaré estar —suplica.

Me detengo en el paso de cebra que hay frente a la ferretería sin saber qué decir.

—No eres mi estilo de chico, Arnie. Nada más. Solamente es... eso —murmuro, sin saber muy bien si con esa breve y concisa explicación será suficiente para que me deje en paz.

—Pues déjame demostrarte que te equivocas. Yo creo que sí soy la clase de chico con la que puedes estar.

Cierro los ojos, procurando no desesperarme.

—Arnie, de verdad, no creo que...

—Una cita —suplica—. Una cita y, si no quieres volver a verme, te dejaré en paz.

Abro los ojos y le miro fijamente mientras sopeso lo que acaba de decir.

—¿Una cita? ¿Y después aceptarás mi decisión sin dramas y... sin acoso? —concluyo, señalándole con el dedo índice a modo de amenaza.

Él suelta una risita, como si no se tomara en serio el nombre que el sustantivo que le acabo de adjudicar a su comportamiento. Sí, por muy mal que suene, esto se puede considerar un acoso en toda regla.

—Una cita —asegura—. Nada más.

Cojo aire y lo libero muy lentamente mientras siento mi cabello húmedo y encrespado adhiriéndose a mi rostro. La lluvia está empezando a calar en mi ropa y yo continuo aquí plantada, frente al paso de cebra, mientras intento deshacerme de él.

—Está bien, Arnie. Una cita —admito al final—. Ven a buscarme el sábado a las siete, ¿vale? Yo elijo dónde cenar.

Una sonrisa inmensa se ensancha en su rostro mientras yo me apresuro a cruzar la calle, sin siquiera molestarme en decir adiós.

Golpeo de forma apresurada el cristal del local, ansiosa porque el propietario abra la puerta para poder resguardarme en su interior. Pero no hay nadie. Compruebo en mi reloj que llego unos minutos antes de la hora prevista y me alejo unos metros para resguardarme del aguacero en un portal vecino hasta que veo a una mujer, de unos cincuenta años, abriendo la puerta.

Llego a ella antes de que termine de girar el picaporte y le comunico que soy la chica con la que tenía concertada la entrevista. Me mira de arriba abajo de forma descarada, repasándome de hito a hito antes de abrir la puerta de par en par y de invitarme a pasar en primer lugar.

—Gracias —murmuro, quitándome la chaqueta mientras cruzo el umbral.

—No te pongas demasiado cómoda, porque será breve —me dice, y con esa primera frase descubro dos cosas; que no es una persona muy charlatana y que es muy, pero que muy, cortante y seria.

Creo que es la clase de jefa con la que no terminaría nunca de congeniar porque, a diferencia de ella, yo me considero muy extrovertida, alegre, simpática, abierta y... sí, para qué negarlo, ¡no callo ni debajo del agua!

—Cuéntame, Keira... ¿Por qué quieres el trabajo?

—Estoy estudiando un máster y me viene muy bien que sean unas horas y no una jornada completa para poder compaginarlo con mis estudios —le cuento con una gran sonrisa, mintiendo—. En realidad, esa es la razón principal. Nunca he trabajado en una ferretería y..., bueno, tampoco es que sea ninguna “manitas” —suelto, riéndome—, pero creo que aprendo rápido y que podré apañármelas.

Ella me escruta con la mirada y se queda en silencio, asimilando toda la información que acabo de proporcionarle.

—Está bien —concluye—. El trabajo es tuyo... ¡Pero! —exclama, antes de que pueda llegar a sonreír siquiera—. Estarás una semana en prácticas, sin sueldo, para comprobar que eres de fiar y que puedes aprender con facilidad.

¿Una semana trabajando gratis? ¿De verdad?

Ni siquiera sé qué responder. Necesito el trabajo y, la verdad, está lo suficientemente cerca de casa como para poder obviar el transporte público y caminar diariamente. Y eso es algo que agradezco, sí. Pero, por otro lado, el sueldo es una miseria, la hora está muy mal pagada y la primera semana trabajaré por la cara. ¿De verdad me compensa aceptar algo así?, me pregunto. Pero no tardo en responderme a mí misma que no tengo nada mejor y que estar aquí metida será mucho más productivo que pasar las horas muertas en el sofá, comiendo helado y pizza.

—Está bien —acepto—. Me parece bien.

Observo muy fijamente mi reflejo en el espejo, preguntándome si debería llevar el cabello suelto o recogido. Paseo mis manos por mis hondas castañas mientras me fijo en las leves ojeras que se han formado estos últimos días bajo mi mirada azul grisácea. Me encantan mis ojos, porque los heredé de mi madre. Creo que son lo que más me gusta de mi cuerpo, aunque de forma general tampoco soy una chica con demasiados complejos. Me gusto como soy y me acepto como soy, porque creo que sufrir por algo que no tienes y quieres o, por lo contrario, que tienes y no quieres, no tiene demasiado sentido. Uno es como es, y debe aceptarse y aprender convivir consigo mismo cuanto antes.

Según Cailyn, esa forma de pensar que tengo radica en que, como ya he explicado anteriormente, no tengo malos genes. Podrían ser mejores, sí. Pero tampoco son malos. No soy de esa clase de chica que debe contar hasta las calorías que respira para que la báscula no le dé ningún susto —cosa que agradezco—.

Me pongo un vestido negro, sencillo y discreto, y termino recogéndome el pelo en un recogido alto. Voy bastante formal, sí. Pero me apetece ir a cenar a un buen restaurante que hay en el centro y que suele estar bastante abarrotado. He llamado antes, sin demasiadas esperanzas, y al final he conseguido reserva gracias a una pareja que ha cancelado a última hora. Como norma general, no podría permitirme cenar en un sitio como ese... Pero sospecho que Arnie se empeñará en pagar la cena para quedar bien y, siendo un poco malvada y egoísta, se lo permitiré sin rechistar. A fin de cuentas, yo soy la primera que ha accedido a regañadientes a tener una cita sin siquiera quererlo, ¿no? Creo que este acto de bondad merece su recompensa.

—¿Vas a salir? —pregunta Cailyn, echándome a un lado de un “culazo” para poder mirarse en el espejo ella también.

—He quedado con Arnie... —le cuento, desganada, evidenciando mi escaso interés en la cita.

Cailyn levanta las cejas, sorprendida, mientras se suelta el pelo para poder cepillárselo.

—¿Con Arnie? Pensaba que ese capítulo del libro ya estaba cerrado.

—Y más que cerrado —aseguro—. Pero ha sido la única forma de quitármelo de encima. Una cita y, si te he visto, no me acuerdo. Por cierto... —le digo, sonriendo de forma maliciosa—. Te he cogido los tacones rojos.

—Como se te ocurra mojarlos te cuelgo —amenaza—, que son de ante.

La miro de reojo, intentando descifrar qué plan tiene ella.

Supongo que, si no me ha contado nada, es porque le toca trabajar en el sótano ese en el que montan las apuestas ilegales y que no quiere meter el dedo en la llaga para no discutir más. Aunque la veo salir siempre muy elegante, no sé por qué razón, mi cabeza se imagina ese lugar como un antro oscuro y sucio donde se reúnen malhechores alcoholizados y sin escrúpulos. Sí, lo sé. Tengo demasiada imaginación.

—¿Hoy trabajas? —inquiero con la intención de confirmar mis sospechas.

Ella asiente de forma distraída.

—Volviendo a mis tacones rojos... —murmura, cambia de tema de forma descarada.

—Los cuidaré, lo prometo —le digo antes de salir del baño.

Ni ella quiere tocar el tema, ni yo quiero ahondar más de lo necesario en él.

A fin de cuentas, Cailyn ya es lo suficientemente mayorcita como para saber cuándo está actuando

mal. No puedo llevar las riendas de su vida, tiene que encargarse de solucionar sus propios asuntos y de tomar buenas decisiones si espera tener un buen futuro. A veces puede llegar a ser demasiado infantil e inmadura, y eso es lo que provoca que cometa errores. Uno detrás de otro.

—Te veo luego —grito desde la entrada mientras cojo mi chaqueta y mi bolso.

—¡Hasta luego! —responde con otro grito, desde el baño.

Arnie ya está abajo, esperándome.

Lo sé porque me ha enviado un mensaje diciéndome que se quedaba aparcado en doble fila mientras me esperaba y que no me demorase demasiado en bajar. Llamo al ascensor y, mientras sube, inspecciono mis uñas. Me las pinté hace un par de días y ya están descascarilladas, pero he de confesar que soy demasiado dejada para estas cosas. Me subo en el ascensor y, nada más pulsar el botón del bajo, me acuerdo de que una vez más he salido sin paraguas. Sopeso la idea de volver a subir a casa en busca de uno, pero al final decido no hacer esperar más tiempo a Arnie y rezar porque lleve uno en el maletero.

Cruzo la carretera corriendo y, a su vez, esquivando los charcos para que los carísimos zapatos de tacón de Cailyn no se mojen. Nada más entrar en el coche, me fijo en un par de gotas que hay marcadas en la puntera del pie derecho y me arrepiento de habérmelos puesto. ¡Dios! ¿Por qué no he optado por otros más sencillos?

—Perdona, Arnie... ¿Qué tal? —murmuro al rato, esforzándome por volver a la realidad.

Pero cuando levanto la vista, me doy cuenta de que él está observando algo a través del cristal por la ventana.

—¿Esa que está ahí, en la ventana, es... Cailyn? ¿Qué hace?

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere y me agacho sobre él para poder ver qué es lo que está pasando.

En efecto, Cailyn está asomada en la venta. Agita las manos de forma frenética, intentando... No sé. No entiendo qué diablos está haciendo.

—¿Está intentando suicidarse? —suelta Arnie, confuso—. ¿Qué hace?

—No por Dios... No sé qué está haciendo, pero te aseguro que el suicidio no entra dentro de sus planes —respondo mientras busco mi teléfono móvil en el bolso.

Al cogerlo, me doy cuenta de que tengo tres llamadas perdidas tuyas. Le devuelvo la llamada de la misma, apartándome para que el contacto que se había formado entre Arnie y yo no se prolongue más de lo necesario.

—¿Keira? ¡Sube! —grita al contestar.

—¿Qué suba? —respondo, sin entender qué es lo que le ocurre—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Necesito que subas a casa ahora mismo —me dice.

Puedo intuir por su tono de voz que está muy nerviosa, aunque no entiendo por qué. Hace dos minutos, cuando he salido por la puerta, parecía estar de maravilla.

—¿Es necesario, Cailyn? ¿De verdad necesitas que vuelva a subir?

Arnie me observa sin comprender qué es lo que está pasando.

Y, para ser sincera, yo tampoco entiendo nada.

—¡Necesito que subas ahora mismo! —grita, nerviosa—. ¡Es importante!

—Pero, ¿qué te ocurre? —pregunto, contagiándome de su desasosiego.

—Por favor, Keira, sube y te lo cuento... ¡Pero sube ya!

Miro a Arnie sin saber qué decir.

—Dame dos minutos, ¿vale? Tengo que subir.

—¡NO! —grita mi amiga por la línea—. Dos minutos, no. Dile que se marche a casa y aplaza

la cita. Dile que se lo compensarás con dos citas o lo que te dé la gana, pero que se marche. ¡Qué no te espere!

Cojo aire profundamente mientras me esfuerzo por controlar el impulso de mandarla a paseo. Nunca jamás se había comportado de esa forma, así que sospecho que, al menos por una vez, tendré que darle un voto de confianza.

—Sabes que tenemos reserva en el Boucherie, ¿no? Y sabes lo que cuesta encontrar sitio en ese restaurante, ¿no?

Escucho la respiración agitada al otro lado de la línea.

—Te lo compensaré —asegura—. Pero manda a Arnie a paseo y sube aquí ahora mismo.

Corto la llamada y miro a Arnie, que parece tan atónito y confuso como yo.

—¿Has escuchado la conversación? —inquiero.

Él asiente con la cabeza.

—Parte de ella —confiesa—. Supongo que tienes que irte, ¿no?

—Supones bien —respondo, abriendo la puerta del coche.

—¡Eh, espera! —exclama, sujetándose por el brazo—. Pero volveré a verte, ¿no? La cita se aplaza, pero sigue en pie.

Sonrío.

En efecto, y por poco que me apetezca, le debo una cita.

—Sí. Sigue en pie... Te llamo la semana que viene, ¿vale?

Y sin darle tiempo a responder, salgo del coche a toda velocidad con el afán de evitar una incómoda y tediosa despedida. La verdad es que tenía ganas de quitarme esta cita de en medio para poder cerrar esta etapa y despedirme en condiciones de Arnie. Y más aún de poder hacerlo en un restaurante como ese, claro.

—Cailyn, espero que sea algo de vida o muerte, porque como haya perdido una reserva en el Boucherie por una tontería pienso hacértelo pagar muy, muy caro... —amenazo mientras entro por la puerta de casa.

Mi amiga está sentada en el sofá, muy seria. Tiene las manos posadas delicadamente sobre su regazo y me mira muy fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto, comenzando a asustarme.

Pocas veces he visto a Cailyn así de seria, así que debe de tratarse de algo importante.

—Tengo que hablar contigo... —me dice, sin dejar de mirarme—. El problema es que no sé cómo hacerlo.

Frunzo el ceño sin comprender ni una sola palabra de lo que me está diciendo.

—¿A qué te refieres?

Resopla y, tras unos segundos, le da un par de palmaditas al sofá para pedirme que me siente a su lado. Sí, definitivamente, estoy empezando a asustarme mucho.

—Pero, ¿qué te pasa, Cailyn? ¿Puedes soltarlo de una vez por todas?

—Te he mentido —confiesa a bocajarro, sin andarse con demasiados rodeos—. Te he mentido descaradamente.

Pestaño, incrédula.

—¿Qué?

Cailyn vuelve a resoplar.

—No estoy trabajando en ningún local de apuestas ni en ningún casino clandestino. Era todo una excusa absurda para no tener que contarte la verdad y poder seguir así un par de semanas más. Sin que me presionaras y eso...

La miro boquiabierta, sin saber qué decir.

—¿Cómo? —inquiero, consternada.

Mi cabeza se pone en marcha y, nuevamente, vuelvo a imaginarme lo peor. No quiero hacerlo, pero... Pero si no, ¿por qué me hubiera mentido? ¿De dónde ha salido el dinero? No se me ocurre una explicación lógica que justifique todos esos cabos sueltos.

—Quiero contártelo todo, pero necesito que abras la mente y que no te lo tomes a mal... Que lo veas de una forma profesional, ¿sabes? Sin hacer un drama —me dice, y en ese momento soy consciente de que, si está a punto de confesármela la verdad, sea cual sea, es porque hay algo más.

—Te has metido en un buen lío, ¿verdad? Necesitas mi ayuda para salir del problema y por eso estás a punto de contármelo, ¿no?

Ella sonríe.

—No exactamente —murmura en voz baja—. No me he metido en ningún lío, pero la verdad es que no me vendría mal un poco de ayuda.

—¡Mierda, Cailyn! —exclamo, tapándome el rostro con las manos—. ¿Qué diablos has hecho ahora? ¿En qué estás metida?

Ella no parece saber cómo comenzar y yo cada vez voy perdiendo más la paciencia.

—¡Suéltalo ya, Cailyn!

Me estoy poniendo histérica.

—Prométeme que no pondrás el grito en el cielo... —murmura en voz baja.

Yo la fulmino con la mirada, instándola a escupir sea lo que sea lo que tiene que decir.

—Estoy trabajando como acompañante... ¡Qué no como prostituta! —aclara con rapidez, luciendo una sonrisa de medio lado—. Solamente acompaño a algunas personas a fiestas y eventos, nada más. Después me marchó a casa, y listo. Me pagan por hacer acto de presencia —concluye con cara de inocencia, fingiendo ser un angelito.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, horrorizada—. ¡Eres una puta!

Cailyn abre los ojos como platos mientras sacude la cabeza en señal de negación.

—¡Te juro que no! ¡Solamente acompaño a algunas personas a fiestas, nada más!

Ni siquiera soy capaz de procesar lo que me está diciendo.

—Por favor —suplico, a punto de echarme a llorar—, mírame fijamente a los ojos y júrame que no te has ido a la cama con ninguna de esas “personas”.

Ella me mira fijamente y, por un instante, puedo ver en el reflejo de su mirada que está a punto de volver a mentirme.

—¡No más mentiras! —exclamo, antes de que tenga oportunidad alguna de soltar otra más.

—Si lo he hecho ha sido por decisión propia y no porque me hayan obligado a hacerlo... —confiesa finalmente, evitando alzar la cabeza y enfrentarse a mí.

Empiezo a pasearme por el salón mientras siento cómo unos sudores incontrolables se apoderan de mí. Esto es increíble.

—Cailyn... ¿te pagaron por ello? —pregunto con la voz apagada de forma dubitativa.

No estoy muy segura de querer saber cuál es la respuesta.

—¡No! —exclama, indignada.

—Cailyn...

Ella me mira de reojo y, en ese instante, descubro la verdad.

—¡Joder, Cay! —grito, histérica, fuera de control—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Esto... Esto... ¡Es increíble! —exclamo mucho más alto de lo que pretendo en realidad—. Esto es demasiado incluso para ti.

—Nadie me obligó a hacerlo —repite, recalcando esa parte y dejándolo muy claro—. El trabajo no tiene nada que ver con... el sexo.

Me froto los ojos, esforzándome por no perder el control. Tengo que controlarme para empezar a zarandearla. ¿Pero qué diablos se le pasa a Cailyn por la cabeza? ¿Es que no tiene sentido común?

—Dios, mío, Cay... Esto es... demasiado.

No sé si echarme a llorar o qué hacer.

Desde luego, en una cosa tengo que darle la razón; cancelar la cita merecía la pena. Esto es una verdadera emergencia. ¿En qué momento ha perdido el juicio por completo? ¿Cómo diablos no me he dado cuenta de lo que sucedía? Bueno, quizás sí me daba cuenta, pero no quería admitir que pudiera llegar hasta ese extremo.

—Keira, de verdad, no es lo que tú te piensas —asegura de nuevo antes de levantarse del sofá para perseguirme por el salón—. ¿Puedes sentarte y dejar que te lo explique?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, dejándole claro que no. Creo que no quiero saber nada más del asunto.

—¿Vas a dejarlo? —suelto, directa al grano—. Quiero que lo dejes ya, Cay. Si me quieres un poquito, deja todo eso a un lado y dedícate a algo más honrado.

Ella suspira antes de volver a sentarse.

—¿Quieres que lo deje?

Asiento con la cabeza.

No me he dado cuenta, pero tengo los ojos encharcados y estoy a punto de echarme a llorar. Cailyn y yo siempre hemos sido como hermanas. Nos conocemos desde que éramos unas crías y... Esto es demasiado. No puedo con ello.

—Por favor... —suplico, consternada.

Tengo que esforzarme por no derrumbarme.

—Pues entonces tienes que hacer algo por mí.

Me giro hacia ella y veo ese “algo” en su mirada que alerta todos mis sentidos y me dice que algo no va bien.

—¿Algo por ti? —murmuro en voz baja.

Ella sonrío y, en ese instante, no solo mis sentidos se ponen alerta. Se me eriza el vello de la piel y soy consciente de que sea lo que sea lo que va a pedirme, no me gustará. No me gustará ni un pelo.

—No puedes estar hablando en serio...

Cailyn asiente con la cabeza, fingiendo una mueca de seriedad que se me antoja irreal. Pero es real; me está hablando con total seriedad.

—Definitivamente, te has vuelto loca de remate —suelto, paseándome de una esquina a otra con paso acelerado y sin control.

—Puede —admite mi amiga, que camina detrás de mí, ansiosa por obtener su ansiada respuesta afirmativa—, pero ese dinero nos vendría de maravilla, Keira. Por una vez en tu vida no seas testaruda y, ¡abre la mente!

Me giro hacia ella con una sonrisa irónica en la cara.

—¿De verdad me estás pidiendo que me prostituya? ¿Así, sin más? ¿Cómo si fuera algo natural y normal? —inquiero, pero antes de que pueda contestar levanto el dedo índice en forma de orden para silenciarla—. ¡Pues no lo es, Cay! ¡No es normal!

—No te estoy pidiendo que te prostituyas... —refunfuña tras de mí—. ¿Ves? Por esa razón te ocultaba todo el asunto, porque sabía que harías un drama y que tergiversarías las cosas a tu antojo. Te estoy pidiendo que vengas conmigo a esa fiesta, nada más. Que seas una acompañante.

—¿De verdad creías que me convencerías para cometer semejante locura, Cay? ¿De verdad te imaginabas que accedería de buenas a primeras?

Ella se sienta en el sofá.

Parece que por fin se ha cansado de perseguirme. La veo mirar el reloj repetidas veces, nerviosa, como si el tiempo se le estuviera echando encima.

—Sí, creí que te convencería. Que te paguen cinco mil dólares por vestirme guapa y lucirte en una fiesta es un trabajo que cuesta mucho rechazar...

—¿Cómo has dicho? —pregunto, atónita, a punto de atragantarme con mi propia saliva—. ¿Cinco mil? ¿Por qué los acompañemos a una fiesta?

¡Dios mío!

¿De verdad los hombres están dispuestos a pagar semejantes cantidades por no asistir solos a un evento? ¡No me entra en la cabeza!

Cailyn asiente, satisfecha porque por fin la esté tomando en serio y prestando la atención que se merece.

—¿Quieres que te cuente en qué consiste exactamente? —pregunta, con un atisbo de esperanza.

Me gustaría decirle que no y dar por zanjado el asunto, pero... La verdad es que estamos hablando de muchísimo dinero.

—¿Por qué no llamas a cualquier otra Lucy? Por ejemplo —propongo, de repente—. ¿Por qué quieres que te acompañe yo sabiendo cómo soy y lo que opinaría al respecto?

—Son cinco mil por persona —me dice, especificando todavía más—. Y ahora mismo necesitamos el dinero más que nunca. Yo tengo que terminar de pagar la carrera y tú quieres quitarte ese máster de encima cuanto antes...

La miro muy fijamente, sin saber qué decir.

—¿Nos darán diez mil dólares por una noche? —repito, incrédula.

No puede ser.

No sé dónde, pero hay gato encerrado. A diferencia de Cailyn, soy lo suficientemente inteligente

como para no dar a comprender que aquí huele mal. Nadie pagaría esas cantidades astrológicas por lo que ella me está describiendo. Es imposible.

—¿Quieres que te dé detalles o no?

Me quedo callada, mirándola, sin poder asimilar lo que está diciendo.

Asiento con la cabeza porque, supongo, por informarme mejor tampoco pasaría nada. ¿No? Estoy convencida de que mi amiga se está dejando alguna parte para el final.

—Te vistes elegante, te pones guapa, te enganchas del brazo del susodicho y te paseas por la fiesta sonriendo a los invitados, sin hablar. Si alguno te pregunta algo, respondes con educación. Si alguien se presenta, haces lo mismo. ¡Ah, pero nunca digas tu nombre! Invéntate otro que te guste, claro... —escupe a todo correr, sin entrar demasiado en detalles—. No hay que hacer nada más. Algunas veces... Bueno, en ocasiones, cuando termina la velada, pueden ofrecerte dinero si los acompañas a su habitación, pero ahí es tu decisión si aceptar o rechazarlo.

—Dios mío... —la corto, espantada—. No puedo creerme que tú...

—Te aseguro que, si hubieras visto a los susodichos, no te extrañarías tanto —se ríe con picardía—. Lo mejor de todo es que, en ocasiones, no son viejos verdes y solitarios. A veces toca algún que otro guaperas con pasta que no ha engañado a ninguna para ir o al que han dejado colgado en el último momento.

Está claro que estamos hablando de muchísimo dinero y que aceptarlo de buenas a primeras es muy tentador, pero... Creo que no puedo. No podría venderme de esa forma.

—Keira, ¿de verdad te piensas que hay diferencia con lo que hacíamos en el concesionario? —me suelta, como si pudiera adivinar mis pensamientos—. Aquí, al menos, no nos colocaremos con un cartel y una minifalda en la cuneta de la carretera. Y te aseguro que lo que hacíamos se parece mucho más a prostituirse que lo que vamos a hacer hoy.

—Espera, espera, espera —suelto—. No te aceleres. Todavía no he dicho que vaya aceptar.

—¡Por Dios, Keira! Pero, ¿qué es lo que tienes que pensarte? —me recrimina, rabiosa, alzando los brazos en alto—. ¡Estamos hablando de diez mil dólares en una noche!

Puede que Cailyn no sea, precisamente, el perfecto ejemplo de la responsabilidad. Pero puede que, por una vez en su vida, tenga algo de razón.

—¿Por qué nos pagan eso? ¿Qué tiene esta “velada” de diferente con las demás?

Mi amiga se encoge de hombros, sin saber qué responder.

—No lo sé, Keira, pero..., tengo que aceptar o rechazar la oferta en tres minutos —indica, señalándose el reloj de su muñeca—, así que no puedes pensártelo mucho más.

—¿Por qué no se lo propones a otra persona? Yo..., creo que no sirvo para esas cosas —le cuento—. Es algo parecido a ser actriz, ¿no? ¡Ni siquiera sé mentir!

Cailyn suelta una carcajada.

—Te prometo que saldrá bien... —murmura, frotándose las manos con nerviosismo—. ¿Lo harás? ¿Vendrás a la gala?

Ni siquiera sé de qué gala está hablando, pero, decidida a no darle más vueltas al asunto, asiento. No puedo rechazar esa oferta, ¿no? Es demasiado dinero. Demasiado dinero por fingir que conozco a una persona y pasearme con ella de su brazo, nada más.

Cailyn, emocionada, salta, sobre el móvil y se apresura a aceptar sin siquiera mediar una sola palabra más conmigo. Yo, de mientras, procuro controlar las náuseas que me invaden y autoconvencerme a mí misma de que todo saldrá bien y de que no tendré que arrepentirme de haber dicho que sí. Empiezo a notar cómo un leve dolor de cabeza se instala en mis sienes y me apresuro a tomarme una aspirina.

—¡No! —exclama Cailyn cuando me ve ingerirla—. No puedes drogarte.

Abro los ojos como platos.

—¿Acaso me he drogado alguna vez en mi vida? —pregunto, consternada, con los ojos abiertos como platos—, es una aspirina para el dolor de cabeza.

Pero, ¿qué bicho le ha picado?

—Aspirina es sinónimo de droga —me suelta, de pronto—. Tendrás que beber champagne, así que mejor no tomes nada.

—¿Champán? —pregunto, sin andarme con tonterías.

Ella asiente, distraída, mientras empieza a rebuscar en su armario la ropa que nos pondremos esta noche.

—A los tíos pijos y con pasta les encanta el champagne —me cuenta—. Así que te servirán una copita detrás de otra, y tendrás que aceptarlas, porque les gusta que las luzcas en la mano. Creo que se piensan que dan un toque sofisticado.

—Sí, claro, eso y que así disimulan que estamos “trabajando”.

Cailyn se ríe.

—¿Qué más da? Trabajo o no, tienes que intentar cambiar de mentalidad y pasártelo bien —opina, aunque más bien parece una orden—. Piensa que iremos a la inauguración de un importante hotel, que beberemos champagne, comeremos canapés y después volveremos a casa borrachas y con más dinero que antes de salir por la puerta —se ríe.

Yo no estoy tan segura de que las cosas vayan a salir como ella dice, pero decido no insistir.

—Pruébate este vestido... Me lo enviaron para un evento, así que es de marca. ¡Y solamente me lo he puesto una vez! —exclama, lanzando un vestido negro largo con un sensual y discreto corte en uno de los laterales.

No tiene demasiado escote, pero si deja entrever bastante espalda gracias a las transparencias de encaje que tiene por detrás. No me disgusta.

—¿Te dicen qué ropa tienes que ponerte?

—No siempre, pero algunos tíos prefieren curarse en salud... —explica, riéndose al contarlo—. Ya sabes, por si te plantas en la gala con un traje cutre y descolorido del mercadillo.

—Ya, claro —murmuro, distraída, mientras me coloco el vestido por encima de la ropa.

Creo que es demasiado para mí. Demasiado sensual, demasiado ceñido, demasiado caro. Demasiado todo. Pero supongo que no tengo otra cosa que ponerme, ¿no?

—Date prisa, ¿vale? —apremia—. En nada nos vendrá a buscar la limusina.

Pestaño, incrédula, al escucharle decir eso.

—¿La limusina?

Cailyn sonríe con picardía, encantada con mi cara de asombro.

—¿Sabes qué? Creo que hoy será una gran cosa —augura, sin dejar de sonreír un solo instante.

Por desgracia, yo tengo la sensación contraria.

Algo me dice que todo este asunto no terminará bien, de alguna forma, sobre todo cuando la cosa concierne a Cailyn, suelo acertar de lleno.

—¿Preparada para disfrutar? —grita, antes de soltar un pequeño grito de emoción.

Esperamos frente al portal la limusina cuando, por fin, entiendo por qué Cailyn hace esto y por qué le está costando dejarlo atrás. Le encanta. Disfruta. Hoy, por primera vez, me he dado cuenta de lo mucho que le gusta vestirse de forma lujosa, calzarse unos tacones caros y esperar con nervios a que un cochazo y un ricachón la vengán a buscar.

Sé que no le importa quién sea el ricachón, si no, más bien, lo que sentirá cuando camine a su lado. Se sentirá importante. Y creo que, en el lado opuesto, estoy yo. No he disfrutado poniéndome un vestido que le han regalado para que se luzca. No disfrutaría calzándome unos tacones caros que han escogido por mí como si fuera un simple maniquí. Y creo que no disfrutaré paseándome del brazo con alguien que solamente busca una mujer-florero con la que lucirse por una fiesta. Por muchos lujos que haya y por mucho champán que se beba, no estaré cómoda, lo sé. Cada instante que pase de aquí hasta que regrese a casa no podré dejar de preguntarme cómo diablos he podido acceder a esto.

La miro de reojo. Está sonriente y feliz. Una vez más, me doy cuenta de que Cailyn y yo somos muy diferentes; la noche y el día.

“Solamente será una noche”, me digo a mí misma cuando siento ganas de salir corriendo, cruzar la calle y encerrarme en casa. Cobraré el dinero y olvidaré todo este mal rato para siempre. Es más, en cuanto regresemos a casa, le obligaré a Cailyn a jurar que esto no ha pasado y tendrá que prometerme que nunca sacará el tema. Nunca jamás.

—¿Y esto cómo funciona? —inquiero.

Ella borra la sonrisa y pone una mueca de fastidio.

—¿Es que no puedes disfrutar y dejarte llevar? —me recrimina con gesto hastiado.

—Quiero saber cómo funciona todo esto —le digo, alzando las manos en alto—. ¿A través de una agencia?

Asiente.

—La agencia tiene un perfil para cada chica, con sus fotos y eso —me cuenta—. Aunque, bueno, en realidad ese perfil lo manejamos nosotras. Subimos el contenido que queremos y nos creamos una imagen que vende, que gusta y que atrae. Algunas chicas parecen más informales, otras más serias... Ya sabes, sobre gustos no hay nada escrito.

Me froto las manos para entrar en calor y vuelvo a mirar el reloj por tercera vez desde que hemos bajado. Faltan dos minutos para la hora acordada.

—¿Y por qué te han ofrecido el trabajo a ti y a otra amiga? —pregunto, sin comprenderlo—. ¿Por qué no han escogido dos chicas de la agencia? A ti y a otra cualquiera de la web, por ejemplo.

Cailyn se queda en silencio, sin responderme. Parece concentrada en la carretera, pero no. No lo está, es todo apariencia. La conozco bien y sé que me ha escuchado.

—¿Me lo explicas? —insisto, impacientándome.

Sea cual sea la respuesta, vuelvo a intuir que aquí hay gato encerrado. No sé qué es, pero hay algo que me está ocultando

—¿Cailyn? —la interrogo al ver que se está haciendo la loca, ignorándome de forma descarada.

—¡Mira! ¡Ahí vienen! —exclama con una sonrisa, señalando la limusina que dobla la esquina

de nuestra calle.

No vivimos en un mal barrio, pero la verdad es que no suelo ver ese tipo de cochazos paseándose por aquí. En realidad, no suelo ver limusinas; ni por aquí, ni por cualquier otro sitio. Nunca me he subido a una y siempre he pensado que este tipo de lujos jamás llegarían a estar a mi alcance. Miro de reojo a Cailyn, que sonrío satisfecha, y me doy cuenta de que está disfrutando muchísimo con todo esto.

El coche se para frente a nosotras y la puerta de la limusina se abre de par en par. Cailyn entra dentro en primer lugar. Yo después. Me tiemblan las piernas y tengo la vista emborronada cuando me siento en el sofá que el hombre me indica. Estoy tan nerviosa que ni siquiera le miro a la cara. En su lugar, clavo la mirada en Cailyn, que sonrío con tranquilidad fingiendo que todo lo que está pasando allí es muy normal.

—¿Qué tal, chicas? —saluda el chico que está sentado frente a mí, sentado junto a Cailyn—. ¿Una copa para empezar la noche?

Es joven.

Bueno, en realidad, no es tan joven. Calculo que nos sacará unos diez años, pero supongo que aún así sigue siendo mucho más joven de lo que cabía imaginar antes de subirme en la limusina. Supongo que tendrá entre treinta y seis y cuarenta años. Puede que treinta y ocho, no lo sé. Cailyn acepta la copa de champán con finura y cruza las piernas con elegancia mientras recoloca el abrigo que ya se ha quitado. Me fijo en ella; está guapísima. Está radiante. Parece un pez en el agua, sumergida en su entorno y feliz por encontrarse en el lugar que desea. Mi aspecto no se parece en nada al de ella. Estoy encogida, con las rodillas dobladas hacia dentro y cruzadas sobre mi regazo. Todavía no me he quitado el abrigo, ni siquiera me he atrevido a mirarla hacia mi acompañante. ¿Y si es un señor mayor? Mejor. Supongo que me sentiré mejor si encuentro a alguien de la edad de mi padre. O puede que, peor. No lo sé. ¿Y si me mira con ojos de viejo verde? Evidentemente, si nos han contratado a nosotras es por algo.

—¿Tienes frío? —pregunta una voz masculina a mi derecha.

Obviamente, se está dirigiendo a mí.

Cojo aire profundamente antes de girarme hacia él, siendo consciente de que estoy a punto de mirar a la cara al hombre que ha pagado un dinerito porque hoy sea su acompañante. Debería recordar eso y sonreír, porque sé que si no lo tengo bien presente no podré evitar el gesto de repugnancia que me saldrá de forma involuntaria.

Pero, para mi sorpresa, no es ningún viejo verde. No, no lo es. Calculo que tendrá la misma edad que el acompañante de Cailyn, pero, a diferencia de él, que no me decía absolutamente nada, este hombre es..., es..., abrumador. Sí, supongo que esa es la palabra: abrumador. Tiene los ojos negros tan profundos que, al mirarme, me da la sensación de que me está traspasando el alma. Como si pudiera ver mi interior con un solo vistazo. Es moreno, tiene el flequillo largo y peinado a un lado. Va vestido con un traje gris y... No sé. No lo entiendo. Hay algo en él que no entiendo.

—¿Tienes frío? Puedes quitarte el abrigo... Si quieres —me dice con educación, justo antes de estirar la mano hacia mí.

Alargo el brazo y le estrecho la mano de forma tímida, mientras de fondo escucho las risitas de Cailyn y de su acompañante. Están hablando, riéndose y disfrutando del inicio de la noche como si fueran dos amigos de toda la vida. Pero ni siquiera los escucho. Estoy concentrada en él. Intento agachar la cabeza para romper el contacto visual, pero su absorbente y profunda mirada no me lo permite.

—¡Eh, chica, que te estoy hablando!

Me giro de golpe al ser consciente de que, el otro, el chico de Cailyn, se dirige a mí.

—Me dice Arizona que eres algo así como su hermana, ¿no?

¿Arizona?

Necesito un par de segundos de más antes de ser consciente de que ese debe de ser el nombre de tapadera de mi amiga.

—Algo así —respondo con timidez.

—¿Y cómo te llamas?

Escucho la voz de Cailyn en mi cabeza, repitiéndome aquello de “nunca digas tu nombre”.

—Me llamo Susan —suelto, sin pensarlo demasiado.

Susan es un nombre sencillo, fácil de recordar y sin ninguna pretensión. A diferencia de Arizona, que evidentemente es un nombre mucho más llamativo. Pero Cailyn nunca ha sido esa clase de chicas que pasan desapercibidas, así que no le va nada mal.

—Yo soy Josh, y a Andrew parece que ya le conoces... —añade, guiñándome un ojo—. ¿Champagne?

Niego con la cabeza, esforzándome por dibujar una sonrisa a pesar de mis pocas ganas. Levanta las cejas, escrutándome, e intuyo por su forma de mirarme que se piensa que soy un muermo de chica. No me importa. En realidad, me da igual. Josh y Cailyn vuelven a sumergirse en su propia conversación, dejándome de lado con rapidez. Y, la verdad, lo agradezco. Cojo aire profundamente, haciendo un trabajo interno por tranquilizarme y no perder el control sobre mí misma, y vuelvo a girarme hacia él. Hacia Andrew. Sigue sin sonreír y parece tan callado, que... No lo entiendo. No parece la clase de chico que necesita pagar a una acompañante. En realidad, ninguno de los dos lo parecen. Estoy convencida de que cualquier chica de su entorno se hubiera ofrecido de muy buena gana a asistir a una lujosa e importante gala.

—¿Te encuentras bien? —inquire Andrew, escrutándome.

—Estoy un poco... —comienzo, pero no sé muy bien qué decir. No quiero parecer descortés —, aturdida —concluyo, sin encontrar un adjetivo mejor—. Nunca antes me había subido en una limusina.

Él suelta una risita y, sin pedirme permiso, se acerca a mí para tirar ligeramente de mi abrigo y quitármelo. Ese gesto me pilla desprevenida, pero le dejo continuar porque tengo calor y sé que, si me lo dejo puesto, al salir estaré destemplada. Lo dobla con delicadeza y lo deja a un lado. Después, sin preguntar, coge dos copas de champán y las comienza a llenar. Acabo de decirle a su amigo que no quería tomar nada, pero a él parece darle igual. Intuyo que ha tomado la iniciativa para que me “suelte” un poco y pierda la vergüenza.

—Toma... —me dice, tendiéndome la copa.

La acepto de forma silenciosa, aunque soy incapaz de sonreírle.

En realidad, no estoy preocupada por mi falta de actitud. Él también está bastante serio —lo que me sorprende muchísimo—. No sé por qué, pero intuyo que Josh y mi acompañante son tan dispares como lo somos Cailyn y yo. Y me alegro mucho de que me haya tocado la cara “seria” de la moneda.

—¿Cuántos años tienes, Susan? —me pregunta con curiosidad.

¿Debería mentir o decir la verdad?

Por primera vez me doy cuenta de que hay bastantes aspectos de la noche que no he comentado con mi amiga y en los que desconozco cómo debería actuar.

—Veintiséis. ¿Y tú?

Él suelta una pequeña risita que me pilla desprevenida y que no termino de comprender. ¿Qué

es lo que le hace tanta gracia? ¿De qué se ríe?

—Ya estamos llegando —responde, ignorándome por completo.

No entiendo nada.

¿Qué es lo que le ha hecho tanta gracia?

El chófer aparca frente a la entrada de un hotel altísimo e impresionante. No lo conozco, pero supongo que será lo suficientemente caro como para no poder permitirme tomar una cola light en su cafetería, menos aún pasar una noche en él.

Cailyn y Josh se bajan de la limusina los primeros. Mi amiga se pone el abrigo y, entre risitas y comentarios coquetos, se agarra al brazo de su acompañante y echa a caminar hacia la entrada. Cojo aire profundamente y me pongo el abrigo con la ayuda de Andrew. Parece mucho más tranquilo y sereno que su amigo, y eso me relaja bastante. De lejos, veo cómo Josh le pega a Cailyn un pellizco en el trasero y, de forma involuntaria, me sobresalto. Cailyn se ríe, tonteando, como si ese gesto le hubiera agradado y divertido. ¿Está fingiendo o de verdad le gusta que un desconocido la manosee? “Piensa en el dinero que os van a pagar y pon una sonrisa”, me digo a mí misma, recordándome que no estoy aquí por placer. Esto son negocios, nada más.

—¿Vamos? —pregunta Andrew, tendiéndome el brazo con galantería.

Sonrío.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que me he quedado con “el chico bueno de la película”. Me agarro de su brazo y echo a caminar junto a él en dirección a la entrada del hotel. Veo un par de carteles que anuncian la gala. Al parecer, se celebra el centenario aniversario de la cadena hotelera. Cojo aire profundamente, procurando relajarme. En el fondo, no tengo de qué preocuparme, ¿no? Voy a estar en un sitio público que estará hasta arriba de gente. No habrá lugar ni momento para comentarios inapropiados o actos inoportunos, lo que me supone un gran alivio.

—Pareces nerviosa —comenta Andrew.

Yo inundo mis pulmones con aire mientras me decido sobre si debería mentirle o no.

—Lo estoy, la verdad —confieso, sin siquiera comprender por qué.

Él me mira extrañado, pero cuando está a punto de indagar más profundamente, el hombre de seguridad nos interrumpe.

—Señor Cross —saluda,teniéndole el brazo para estrecharle la mano—, es un placer verle por aquí.

—El placer es mío —responde de forma automática mientras le pasamos de largo con rapidez—. Explícame una cosa, Susan —me susurra al oído después de alejarse un par de pasos—, ¿es la primera vez que haces un trabajo como este?

Levanto la cabeza.

Me está escrutando muy fijamente, como si intentara averiguar si le oculto información o le digo la verdad.

Una vez más, opto por no engañarle. Tengo la sensación de que hacerlo no serviría de nada, porque lo sabría. No sé cómo, pero sé que se daría cuenta.

—¿Y por qué Arizona tenía una foto contigo en su perfil? —me pregunta discretamente para que nadie más pueda escuchar nuestra conversación.

Abro los ojos como platos, perpleja.

Al ver mi reacción, Andrew no puede contener una carcajada.

—Ya veo —se ríe—. Así que no tenías ni idea de que...

Sacudo la cabeza de un lado a otro, negando rotundamente mientras de forma interna pienso en las formas más escalofriantes de tortura que existen para aplicárselas a Cailyn en cuanto

lleguemos a casa.

Entramos en la recepción del hotel, que como imaginada está hasta arriba. Un hombre trajeado que lleva un pinganillo colgando de la oreja nos guía hasta la entrada del salón de actos; el lugar en el que está teniendo lugar la velada. Pasan lista, tachan a Andrew Cross de la fila de invitados de honor y pasamos dentro. Un camarero no tarda en hacer acto de presencia, mostrándonos una bandeja repleta de copas de champán. Andrew no pregunta, simplemente coge dos copas y se despide de él con un gesto silencioso antes de entregarme una de ellas.

—¿Y me puedes explicar cómo ha conseguido que...? Bueno, que estés aquí —inquiére, apartándome a una esquina.

Varias personas le saludan de lejos, pero él no parece tener demasiado interés por acercarse a conversar con ellas. La mayoría de esas personas son mujeres de unos treinta años, bien vestidas, elegantes y..., atractivas. Me pregunto por qué diablos habrá acudido a la fiesta conmigo si podía haber venido con cualquiera de ellas.

—No lo sé —murmuro, porque no sé qué decirle.

¿Debería confesar que la única razón por la que estoy aquí es por dinero? Supongo que sí. ¿Pero eso en qué lugar me dejaría?

Me mira atentamente y sonrío de esa forma extraña que no termino de comprender.

—Supongo que estás aquí porque soy un hombre muy insistente.

Me encojo de hombros.

—Creo que la insistente es Cailyn —resoplo de malhumor mientras voy hilando los cabos sueltos.

—Puede —admite antes de darle un sorbo a la copa de champán—, pero la realidad es que el insistente he sido yo... No pude evitar hacer esa generosa oferta cuando vi tu foto.

Pestaño, incrédula, sin comprender de qué está hablando.

—Josh me dijo que estaba como una cabra —me cuenta, como si estuviera hablando consigo mismo—, pero yo quería conocerte en persona. Eres muy... —Andrew levanta la mano y la coloca sobre mi mejilla, haciendo que me sonroje de forma involuntaria—. No sé. Única, supongo.

Siento cómo un escalofrío me recorre de pies a cabeza, provocándome un ligero temblor mientras su mano continúa posada en mi rostro.

—¿Andrew?

La voz chillona de una mujer interrumpe el momento.

Nos giramos hacia la susodicha de golpe, como pillados por sorpresa. Es una mujer de mediana edad, regordeta y con aspecto de no haber tocado una escoba en su vida. Calculo que tendrá unos cincuenta años.

—Señora Meyer —saluda mi acompañante con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Qué sorpresa...!

Algo en su tono de voz me hace saber que, en realidad, no se alegra demasiado de verla. Yo me mantengo al margen, tras él, sin entrar en la conversación.

—Ya me dijo tu madre que vendrías a la gala... ¿Y ella quién es? ¿La conozco?

Él sacude la cabeza en señal de negación.

—La verdad es que no —sonríe, y aunque es evidente que la mujer está esperando una presentación, Andrew decide despedirse de ella—. Tenemos que saludar a un par de amigos más. La veo luego, señora Meyer.

De morros y con desilusión, asiente.

Está claro que esperaba sacar mucho más de este encuentro.

—Es una amiga de mi madre —me explica, cogiéndome del brazo y tirando de mí—. Bueno, en realidad, van al mismo club de lectura.

—Ya veo —murmuro en voz baja, sin comprender muy bien porqué debería interesarme esa información.

Ni conozco a su madre, ni conozco a esa señora, ni le conozco a él.

De alguna forma, me siento como un maniquí al que van trasladando de punta a punta del salón para que haga acto de presencia y nada más. Me fijo en Cailyn. Está a lo lejos, charlando con Josh. Se ríen, tontean y ambos parecen estar disfrutando de la noche. Si nos vieran a nosotros desde fuera, sería al contrario. Pensarían que ha sido un desastre y un fracaso de cita. Cojo aire profundamente y espero a unos pasos de distancia de Andrew mientras él se detiene a charlar con otra mujer. Esta vez no es la señora Meyer, no. Es una rubia despampanante, alta, guapísima, que lleva puesto un provocativo y precioso vestido de color beige que prácticamente se sintoniza con su color de piel. La tela le queda tan ceñida al cuerpo que desde lejos más de uno podría llegar a pensar que va desnuda. Me mira de reojo, pero a diferencia de la señora Meyer esta no hace ninguna mención hacia mí. Simplemente, me ignora.

Empiezo a sentirme incómoda cuando, de pronto, Andrew se despide de ella y regresa conmigo. Me rodea la cintura con su brazo, haciéndome sentir algo violenta, y pega sus labios a mi oreja.

—Te prometo que lo que queda de noche seré para ti —me susurra al oído.

Siento que algo en mi interior, no sé qué exactamente, se remueve.

—No te preocupes por mí —respondo en voz alta, con una sonrisa—. Estoy disfrutando de la velada.

Escucho una sonora carcajada y me giro hacia atrás; Cailyn se lo está pasando en grande, bebiendo champán agarrada de su chico mientras charla con todos los invitados, como si fuera una más. Ni siquiera desentona. A diferencia de mí, ella tiene el don de la palabra y suele caer bien a todo el mundo. Es el alma de la fiesta.

—Tu amiga es muy simpática, ¿no?

—Eso parece.

—¿Cailyn, ¿verdad? —pregunta.

Levanto la cabeza y le miro a los ojos.

—Sí, Cailyn.

Andrew suelta otra de esas risitas tuyas, esas que no termino de comprender.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquiero, sin siquiera sopesar si la pregunta puede resultar un tanto descortés.

A fin de cuentas, no debería olvidar que quien paga por mi compañía, es él. Lo mínimo que tendría que hacer es parecer agradable.

—Nada, en realidad... nada —dice, aunque sigue riéndose de esa forma extraña que me pone muy nerviosa—. Estaba pensando que si Arizona se llama en realidad Cailyn... ¿Cómo te llamas tú?

Abro los ojos como platos, comprendiendo que acabo de meter la pata muy, muy, profundamente.

—¡Oh, Dios! —exclamo, nerviosa, en el preciso instante en el que un chico interrumpe la conversación para saludar a Andrew.

Me froto las manos con nerviosismo, intentando encontrar una buena excusa para resolver el problema. Si se entera Cailyn de que yo...

—... y esta es mi amiga Susan —dice Andrew, devolviéndome a la realidad.

Cuando me doy la vuelta para saludar, siento cómo la gravedad se multiplica por mil y cómo mi cuerpo se ve atraído de forma involuntaria por el núcleo del planeta.

—¿Susan? —repite Justin, uno de los mejores amigos de Arnie.

Solamente he coincidido una vez con él, así que rezo internamente porque no sea el avispado de mente del grupo y no me reconozca. Me escruta de hito a hito con el ceño fruncido, como si mi cara le resultara familiar pero no sabría de qué.

—¿Os conocéis? —inquire Andrew.

Sacudo la cabeza de forma enérgica en señal de negación.

—Me sueñas mucho —señala, aún con el ceño fruncido.

Intento no perder los nervios y pongo la mejor sonrisa que soy capaz de lucir.

—Me suelen decir mucho que tengo una cara “común” —le contesto de forma casual, procurando que no se note mi aparente desasosiego.

El chico no parece cien por cien convencido, pero decide dejar el tema de lado y continúa la conversación con Andrew. Cinco minutos más tarde, compruebo con alivio que desaparece entre la multitud y nos deja en paz.

—¿Y ahora? ¿Vas a contarme de qué le conoces... Susan? —me pregunta Andrew con una sonrisa traviesa.

No puedo evitar que el gesto me delate.

—Es un buen amigo de... otro amigo mío —confieso, sin entrar en detalles.

Los ojos penetrantes de Andrew me escrutan con detenimiento intentando averiguar si detrás de esa breve afirmación se esconde algo más.

—Vaya... Por poco, ¿eh?

Asiento con la cabeza, justo antes de echarme a reír. A reír de verdad. Una carcajada sincera e inesperada abandona mis pulmones, haciéndome sentir bien. Tengo que admitir que, a pesar de las circunstancias, la velada se está dando mucho mejor de lo que yo esperaba. Puede que mi acompañante tenga mucho que ver, claro. Educado, callado, discreto. Es todo lo que podía haber soñado cuando Cailyn me dijo que tendría que pasar una noche semejante. No, en realidad, es mejor de lo que podía haber llegado a soñar. Andrew Cross es todo un caballero, lo que hace que las cosas salgan con sencillez, sin esfuerzo y sin presiones.

—¿Otra copa de champán? —propone con una mirada cómplice.

Y esta vez acepto sin dudar.

Hace rato que Josh y Cailyn han desaparecido de la fiesta. Supongo que se habrán ido a un lugar más íntimo o... Bueno, puede que a mi amiga le haya entrado el juicio y haya decidido irse a casa. Pero no sé por qué, sospecho que ese no ha sido el caso.

El salón está prácticamente vacío y solamente quedamos unos cuantos supervivientes. Andrew me ha dejado claro que, cuando me apetezca marcharme, me lleva a casa. El problema es que al final me lo he terminado pasando tan bien que no me apetece irme a casa. He disfrutado del lugar, del champán y... de su compañía. Si esto hubiera sido una cita a ciegas, no me hubiera defraudado en absoluto. El problema es que no se trata de ninguna cita a ciegas y que, en realidad, el elegante chico que tengo delante ha pagado una buena suma porque hoy esté aquí con él.

No lo entiendo. Por mucho que le dé vueltas y más vueltas, no consigo entender cómo alguien como Andrew puede pagar por algo... así.

—¿En qué piensas, Susan?

Doy un pequeño respingo, volviendo a la realidad.

Estaba tan sumida en mis propios pensamientos que, por un momento, se me había olvidado que está aquí, delante de mí.

Me encojo de hombros y sonrío con timidez.

—Dímelo, por favor.

Le miro fijamente. Sus ojos parecen desprender tanta sinceridad, que...

—¿Por qué? ¿Por qué contratáis chicas para venir a estos eventos? —suelto, sin siquiera pensármelo demasiado.

Llevamos toda la noche charlando y, por un momento, he creído que entre nosotros se había establecido un vínculo lo suficientemente estrecho como para poder hacer este tipo de preguntas. Pero cuando veo cómo el gesto de su rostro se ensombrece al instante, me arrepiento.

—Déjalo, perdona —me apresuro a aclarar—. No tenía que haber hecho esa pregunta.

El gesto serio de Andrew se desvanece con la misma rapidez con la que antes ha aparecido, dejando en su lugar una cálida sonrisa. Me pregunto cómo diablos tiene la capacidad de expresar con tanta magnitud sus sentimientos, como si fuera un libro abierto.

—¿Quieres que te lo cuente?

Me encojo de hombros, sin saber muy bien qué decir. No quiero invadir su espacio personal, pero...

—Solamente si quieres hacerlo —respondo al final.

—Verás... Si te soy sincero, esta es la primera vez que hago algo así —me confiesa mientras deja la copa sobre la barra y se gira totalmente frente a mí, para encararme—. Nunca antes me había llamado la atención algo... semejante.

—Es que... —murmuro, confusa—. No le veo el sentido —admito al final, sincerándome por completo—. Cualquiera de esas chicas que te han saludado hubieran estado encantadas de asistir contigo a la gala.

Andrew alarga el brazo y acaricia de forma deliberada el reverso de mi mano, provocando que el repentino e inesperado contacto me provoque un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. No sé qué tiene. Pero es capaz de hechizarme. De electrocutarme.

—No lo hacen porque no tengan con quien venir, sino por venir con una cara desconocida —

admite al final—. En esta vida y, sobre todo en mi mundo, todos nos conocemos. Todos sabemos perfectamente quién es quién. Cuando Josh o cualquier otro contratan los servicios de chicas como tú... —me dice, pero se interrumpe al ver que niego con la cabeza—. Está bien, de chicas como Arizona, es porque buscan algo diferente. Algo desconocido.

—¿Y por eso decidiste contratar mis servicios? Me consuela saber que, al menos, mi tiempo vale mucho.

Él se ríe.

—Yo no iba a contratar los servicios de nadie... —me explica con una sonrisa de medio lado—. Pero entonces Josh me enseñó una fotografía de Arizona y... bueno, ahí estabas tú, tan... perfecta. Tan delicada.

—¿Delicada? —me río.

Andrew asiente.

Su mano todavía continúa posada sobre mi brazo. Él no hace amago de querer apartarla y yo... bueno, creo que estoy a gusto de este modo.

—Delicada. Enigmática. Diferente. Te vi y pensé... Cueste lo que cueste, quiero conocerla —me explica—. Y entonces tu amiga nos dijo que tú no ibas a participar, que no formabas parte de su empresa.

—Vaya —suelto, impresionada—. Al menos Cailyn fue sincera.

—Sí, y esa sinceridad hizo que te deseara todavía mucho más —confiesa—, porque nunca antes se me había resistido..., nada. Ni nadie. Pensar que podías ser inalcanzable hacía que te volviésemos más... —suspira, dejando la frase en el aire.

—¿Más? —insisto.

—Más atractiva —admite él, sin dejar de mirarme.

Noto cómo un calor intenso se instala en mi bajo vientre mientras, entrecortadamente, consigo coger aire. Me gustaría disimular y fingir que ese comentario no ha despertado nada en mí, pero no puedo. Soy incapaz.

—Disculpen, señores...

Nos giramos hacia la barra. El barman nos sonrío de forma cordial y amable y Andrew levanta las cejas y le anima a continuar.

—Siento decirles que en diez minutos cerraremos el servicio de barra —anuncia—. Si desean tomar algo más...

Andrew baja la mirada hacia nuestras copas. Están llenas; las acabamos de pedir hace nada.

—Otras dos copas de champagne, por favor —pide.

Yo le miro desconcertada.

—Todavía tengo... —comienzo, pero él levanta la mano en alto.

—No pienso dejar que te me escapes tan rápido —admite con una sonrisa.

Yo suelto una risita nerviosa mientras me digo a mí misma que tengo que empezar a relajarme y a dejarme llevar, sin pensar en nada más.

—Está bien —admito con tono jocoso—. Creo que te lo mereces. Mi presencia aquí te está suponiendo un importante desembolso.

Andrew me devuelve la sonrisa justo antes de tirar de mi brazo para acercarme más a él. Pega sus labios al lóbulo de mi oreja, provocando que ese calor de mi bajo vientre se intensifique aún más. Tanto que prácticamente me resulta doloroso.

—¿Y cuánto me supondría que te quedases a pasar la noche conmigo?

Siento esa última pregunta como una bofetada en la cara. Como un jarro de agua fría que, de

forma imprevista, me obliga a despertar de un sueño que parecía ser una realidad.

—¿Cómo... dices?

Me mira fijamente de forma provocadora mientras que yo, espantada, le doy un último trago a la copa antes de dejarla de malas formas sobre la barra. Creo que no quiero beber más. En realidad, creo que quiero marcharme.

—¿Podrías llevarme a casa? —suelto, sin andarme con rodeos—. Estoy cansada y es bastante tarde, así que me gustaría irme a mi casa.

Él, desconcertado, me escruta sin comprender qué ha podido ofenderme o hacerme cambiar de idea tan bruscamente. Yo, en cambio, siento deseos de abofetearle. Pero me quedo quieta, inmóvil y me dedico a sonreír con la mayor falsedad que soy capaz de albergar en mí.

—¿Te quieres ir? —pregunta, mirando las copas aún llenas de champán.

Asiento sin dudar.

—No sé qué te piensas, Andrew, pero yo no soy esa clase de chica —suelto, sin siquiera pensar en lo que estoy haciendo.

Podría dejar el tema estar, llegar a mi casa, cobrar el dinero y olvidarme de todo para siempre. Ese sería el camino fácil, sin duda.

—No te entiendo, Susan...

—No soy ninguna prostituta —escupo de malas formas, incapaz de ocultar la rabia de mi tono de voz.

—¿Y quién ha insinuado...? —comienza, pero se queda callado atando hilos—. ¡Dios Santo! Solamente intentaba retenerte unas horas más, no quería insinuar que...

—¿Qué me acostara contigo?

Termino por él la frase y me quedo mirándole, retándole.

Sería una estúpida si creyera que no intentaba insinuar lo que, evidentemente, sí pretendía.

—Te juro que no pretendía insinuar nada ni hacerte sentir incómoda —asegura Andrew—. Ni siquiera te veo como... —se detiene y coge aire profundamente antes de continuar—. Te estoy tratando como trataría a cualquier otra chica que me interesase, nada más.

Cojo la copa de champán y, sin pensármelo, me la bebo de un trago.

Sé que he bebido más que suficiente y que empiezo a estar algo mareada, pero necesito una dosis extra de alcohol para asimilar el desastroso final de noche que estoy teniendo.

—¿Sabes? Creo que cogeré un taxi —le digo mientras dejo la copa vacía en el mismo sitio en el que estaba.

Andrew me mira boquiabierto, sin saber qué decir, mientras yo me apresuro a abandonar con rapidez la cafetería del hotel. Camino de forma apresurada por la recepción mientras le sientto detrás de mí, pisándome los talones.

—Quiero mi abrigo, por favor —le digo al guardarropa, entregándole el ticket que me ha dado al llegar.

—Por favor, Susan... No entiendo nada —susurra Andrew, que se ha colocado a mi lado y procura mantener las apariencias y no llamar la atención de los empleados del hotel—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que he dicho para que te ofendas tanto?

Me pongo el abrigo que el hombre me entrega y, sin mediar palabra, me doy la vuelta para salir de allí.

—Señor Cross, ¿quiere su abrigo?

Andrew lanza la mano al aire.

—Pasaré más tarde a por él —le escucho decir—. Creo que primero debería disculparme con

la dama.

Sonríó al escuchar eso y al comprobar que, nuevamente, camina detrás de mí pisándome los talones.

—Pero, ¿qué he hecho, Susan? —inquire, y me sorprende que en el fondo sí parece estar totalmente desconcertado—. ¿Qué pasa?

Me doy la vuelta y me giro hacia él de golpe, pillándole desprevenido.

—Te diriges a mí como... No sé, como si me hubieras comprado y solamente fuera un objeto al que has puesto precio —le digo, señalándole con el dedo índice de forma acusatoria—. ¿Qué me estás tratando como a una chica más? ¿Cómo si fuera una cita normal? ¡Soy una chica más! —exclamo, indignada—. Si estoy aquí ahora mismo es porque has insistido mucho, muchísimo, en conseguir esta cita —le recuerdo, sin andarme con tonterías—. Yo no quería esto, pero aquí estoy.

Él coge aire profundamente y lo libera muy lentamente mientras levanta las manos en alto, antes de dejarlas de nuevo caer a cada lado de su cuerpo en señal de rendición.

—Vale, está bien —admite—. Tienes razón... Me he comportado como un cretino —dice, mostrándome una mueca de arrepentimiento.

Soy consciente de que varias personas que abandonaban la gala se han parado a ver la escenita. Y, además, soy consciente de que por el dineral que ha pagado ya podría haberme comportado con mucha mayor amabilidad. Y, si tengo que rematar el asunto, también soy plenamente consciente de que estoy borracha y de que, en realidad, no se ha portado como un cretino. Pero supongo que los efectos secundarios del alcohol pasan factura.

—Perdona... —le digo, avergonzada—. No suelo comportarme de este modo, pero... Es que esto es demasiado extraño para mí.

Él sonríe.

—No pasa nada. No tienes de qué disculparte... —dice, cogiéndome de la mano—. La verdad es que estoy disfrutando de la cita y de tu compañía, así que, si te apetece, estás invitada a quedarte un rato más —continúa, sonriéndome—. Ya sabes, para hablar o... lo que te apetezca —añade, riéndose de forma cómica para que no me tome a mal la puntilla—. No soy de piedra y me encantas, Susan. No voy a negarlo ni a ocultarlo. Me encantaría que terminaras en mi cama, pero no es lo que estoy buscando ahora mismo —continúa, dejando las cosas claras—. Ahora mismo mi único interés es conocerte. Conocerte bien.

—Está bien... —admito finalmente, mientras él aprieta ligeramente mi mano entre sus dedos.

Siento de nuevo ese extraño escalofrío que me recorre de pies a cabeza, como si me atravesara un rayo cada vez que nuestra piel entra en contacto.

—¿Está bien?

Sonríó.

—Está bien —repito, sin saber qué más decir.

Andrew me gusta.

La verdad es que... me ha sorprendido. O, al menos, me gusta lo poco que he podido ver de él esta noche. Elegante, atractivo, amable; todo un caballero. Uno de los de verdad. Además, mi instinto me dice que no miente. No parece la clase de chico que contrate este tipo de servicios, así que, si dice la verdad, estoy aquí porque realmente le he dejado impresionado. Y eso es bueno, muy bueno.

—Te propongo un trato.

La primera gota de lluvia de la noche cae sobre la punta de mi nariz cuando dice eso. No sé por qué, pero siempre soy yo la primera en percibir la llovizna que va a comenzar. Es como si tuviera

un imán para los temporales.

—¿Qué trato? —inquiero con curiosidad.

—Te quedas a pasar la noche conmigo —me dice, mirándome a los ojos de forma seductora—, y si te gusta lo que encuentras... Me dices tu nombre. Tu nombre de verdad.

—Susan —respondo con rapidez, mordiéndome el labio inferior.

—Tu nombre de verdad —repite, sin siquiera pestañear—. Eso es lo único que te pido.

Me lo pienso unos instantes antes de aceptar.

—Está bien..., pero si me vuelves a ofender —bromeo—, me marcharé a casa.

Andrew Cross se desabrocha ligeramente la corbata de forma seductora, dejándome boquiabierta frente a él.

—También me parece un buen trato —acepta—. ¿Subimos o prefieres un baile bajo la lluvia?

—¿A qué te dedicas? —pregunto mientras inspecciono de arriba abajo la impresionante suite en la que estamos alojados.

La cama está hecha y, sobre el colchón, hay una cubitera con una botella de champán y un plato con fresas cubiertas de chocolate. Está claro que acaban de dejar todo eso ahí, porque de no ser así, los hielos estarían derretidos y el chocolate fundido se habría solidificado.

—Soy empresario —me explica—, para que me entiendas, *grosso modo*, dirijo la parte de marketing y publicidad de la cadena de restaurantes de mi padre. *Buccena*, ¿te suena?

—¿De verdad? —pestañeo, incrédula—. ¿*Buccena* es de tu padre?

—Creo que dentro de muy poco, mía —me cuenta, distraído y sin darle importancia, mientras sirve dos copas más de champán—. Se jubila dentro de pocas semanas y mi hermana y yo somos los únicos herederos.

—¿Y cómo sabes que no le dejará el imperio a tu hermana?

Me doy cuenta de que me está contando, con total naturalidad, que en pocas semanas será heredero de muchos miles de dólares como si eso fuera algo que ocurriera constantemente en la vida de las personas. Y puede que en su mundo así sea, pero en el mío uno aprende a sobrevivir con lo que tiene y lo máximo a lo que aspira es a encontrar un billete perdido en la acera mientras camina, no a heredar un imperio.

—Mi hermana tiene siete años —me cuenta con tono burlón—. Así que, sí... Creo que, al menos por ahora y hasta dentro de unos cuantos bastantes años, yo seré el heredero.

—¿Siete años?

Andrew sonríe.

—Mi padre se divorció y se volvió a casar con una modelo veinteañera —me dice con tono burlón, dejando claro que no se siente en absoluto orgulloso—. Una modelo que podría ser tu hermana pequeña.

—¿Me estás llamando vieja? —le digo, girándome hacia él.

—Creo que te saco unos diez años... Así que tranquila, no me atrevería a insinuar nada semejante —se ríe, antes de darme la copa.

Me siento en uno de los sillones de cuero que hay frente a la cristalera del fondo. Una maravillosa cristalera con vistas preciosas de la ciudad. Me quedo observando cómo las gotas de lluvia van impactando poco a poco contra el cristal, inundándolo con parsimonia, lentamente.

—Ya ves... Un desastre de familia —admite—. Supongo que por eso mismo sueño con encontrar algo diferente.

Le miro de reojo y decido guardar silencio para ver si continúa explicándose. No quiero preguntarle sobre algo tan íntimo a alguien a quien acabo de conocer.

—¿Y tú, Susan? ¿Con qué sueñas? —inquire.

Y en ese instante, comprendo que mi momento para indagar más sobre él acaba de expirar.

—Comprarme un piso, encontrar un buen trabajo... —murmuro justo antes de resoplarse—, ya sabes, esas cosas con las que soñamos los mundanos como yo.

Andrew suelta una risotada.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada, nada... —me río de forma juguetona.

Él se sienta en la butaca que hay frente a mí y se hunde entre los cojines.

—Supongo que venimos de sitios diferentes —confieso, esta vez hablando en serio.

—Puede que sí, pero eso no quiere decir absolutamente nada.

Echo un rápido vistazo a mi alrededor; estamos en una suite presidencial, con unas vistas impresionantes y una cama de dos por dos, inmensa. Nunca jamás había visto un baño tan lujoso como este y... Para ser sincera, dudo que ni con todos los ahorros de mi vida pueda llegar a permitirme pagar una noche en un sitio así.

—Sí que quiere decir —señalo—. Y, la verdad, creo que quiere decir mucho.

Él levanta las cejas, animándome a continuar.

—Venir de mundos diferentes significa que no estemos en sintonía... —susurro, pensativa, mientras pronuncio en voz alta las claras diferencias que hay entre nosotros—. Para ti el dinero no vale nada y, para mí, significa poder comer carne o tener que alimentarme a base de cereales a final de mes. Significa tener que hacer malabares para pagar las facturas o dejar en descubierto la cuenta bancaria si me pasan de forma imprevista el seguro del coche o algo con lo que no contaba. Tener o no dinero significa poder irme a dormir tranquila o pasarme las noches en vela preguntándome cómo diablos terminaré de pagarme el máster.

—Está bien, yo puedo dormir tranquilo por las noches —me interrumpe—. ¿Pero eso en qué nos hace diferentes?

Suelto una sonora risotada.

—Supongo que en todo. Deberías estar muy ciego para no ver las diferencias.

Andrew me observa muy fijamente y, una vez más, vuelvo a sentir ese escalofrío que me recorre de pies a cabeza cuando me penetra con la mirada.

—Si tuviera dinero, lo más probable es que nuestros caminos nunca se hubieran encontrado —admito sin dejarle a él tomar las riendas de la conversación—. Si tuviera dinero, jamás haría absolutamente nada que estuviera en contra de mis principios.

—¿Pasar la noche conmigo ha estado en contra de tus principios? —inquiere él con tono juguetón.

—Bueno, en realidad... No ha estado tan mal como imaginaba —confieso, subiendo los pies al sillón para acurrucarme sobre él.

Aunque hemos encendido la calefacción nada más entrar, todavía hace frío.

—¿Por qué no te sientas aquí conmigo? Entrarás en calor en unos minutos.

Suelto una carcajada fuerte mientras sacudo la cabeza en señal de negación.

—Es un sillón individual —señalo.

—No te estoy diciendo que te sientes en el sillón —señala él, antes de darse una palmadita sobre la pierna—. Ven conmigo. Prometo no tocar —se ríe.

Vuelvo a negar.

—Estoy bien, gracias.

Nos quedamos mirándonos unos segundos muy fijamente, mientras esa corriente eléctrica que creamos de forma inconsciente inunda por completo toda la habitación.

—¿Sabes lo que he pensado cuando te he visto esta noche? —pregunta, levantándose del sillón para ir al armario de la entrada.

Saca una manta gruesa sin necesidad de que se la pida y me la trae al sillón para taparme con ella. Se lo agradezco con una sonrisa mientras espero con atención que continúe con lo que me estaba diciendo.

—Que eras la chica más bonita que jamás había visto y que me casaría contigo, costase lo que

me costase.

—¿Me estás poniendo precio de nuevo? —me río tontamente.

—Solamente te estoy avisando de lo insistente que puedo llegar a ser con las cosas que quiero.

—Pero yo no soy una cosa —le recuerdo—. Soy una persona.

—Con las personas puedo ser todavía más insistente —se ríe él.

Entorno los ojos de forma cariñosa y le sonrío.

—Me lo tomaré como un piropo.

Miro la hora en mi reloj de muñeca y compruebo que ya son las cuatro de la madrugada. La noche se me está pasando en un suspiro y, si he de ser sincera, no tengo ganas de irme a casa. No quiero que esto termine. Por alguna extraña razón, me siento como cenicienta y, al menos de forma involuntaria, estoy todo el rato pendiente de que las campanadas del reloj señalen las doce de la medianoche para que el carruaje se transforme en calabaza. Es como si Andrew fuera demasiado perfecto. Como si esto fuera algo irreal, algo que no puede pasarme a mí. ¿Esto es real?, me pregunto, acariciando la piel del sillón en el que estoy tumbada.

Parece real.

—Imagínate, por un momento, que esto es una cita de verdad —dice Andrew, desabrochándose los zapatos—. ¿Cómo te gustaría que fuera?

—¿Una cita de verdad? —replico, divertida—. No tendría una primera cita de verdad en una habitación de hotel —respondo, dejando esa parte muy clara—. Tengo una norma al respecto.

—¿Una norma respecto a las habitaciones de hotel?

—Una norma respecto al sexo —señalo, sin contener la sonrisa—. Nada hasta la tercera cita.

—Menos mal que esta cuenta por tres.

—¿Por tres? —pregunto a carcajadas, incapaz de no ponerme nerviosa.

—Nos hemos conocido en una limusina, hemos disfrutado en una gala y ahora estamos profundizando en una habitación de hotel —concluye, como si su comentario tuviera una lógica aplastante—. En total, tres.

—Yo diría que esto está siendo una cita muy, muy larga —me río, nada más.

Andrew se desabrocha el primer botón de la camisa sin dejar de sonreír. Después el segundo.

—¿Te has propuesto terminar desnudo? —le pregunto sin segundas intenciones.

Aunque nada más decirlo en voz alta soy consciente de lo mal que suena.

—¿Eso te gustaría? —inquiere, entrecerrando los ojos de forma seductora—. No, en realidad solamente me estoy poniendo cómodo. Creo que voy a respetar tu norma de las tres citas, porque eso significa que no podrás resistirte a verme en dos ocasiones más.

Me río a pleno pulmón mientras aprieto la manta alrededor de mi cuerpo para entrar en calor. Estoy muy destemplada.

—Le noto muy seguro de sí mismo, señor Cross —bromeo con tono formal.

—Lo estoy —asegura él mientras rellena mi copa de champán vacía—. Y no me avergüenza admitirlo.

De pronto, un relámpago ilumina el firmamento, captando nuestra intención. La habitación está insonorizada, así que no llegamos a escuchar el trueno. Pero poco después, un par de segundos más tarde, el cielo vuelve a parpadear.

—No me has contestado —me recuerda Andrew—. Si esto fuera una cita, ¿qué esperarías de ella?

Me encojo de hombros mientras observo el cielo de forma ensimismada.

—¿La verdad? ¿Quieres que te sea sincera? —pregunto, girando la cabeza hacia él.

Yo estoy concentrada en el exterior y, Andrew, en cambio, no me quita los ojos de encima. Es como si mi simple presencia le resultara fascinante.

—No esperaré gran cosa... Creo que hace tiempo que dejé de creer en el amor de verdad.

—Pues tendré que solucionarlo —murmura, antes de tirar de mi brazo.

—¿Qué haces? —inquiero, riéndome, mientras finjo resistirme un poco.

¡No lo entiendo!

¿Por qué diablos se ha fijado en mí? ¿Qué tengo yo que no tuviera ninguna de esas chicas de la gala?

Andrew se tumba en el colchón y me pide que haga lo mismo. Yo titubeo.

—No pienso ponerte una mano encima a no ser que me lo pidas —asegura, señalándolo—. Por favor.

Cojo aire profundamente y, a pesar de sentirme incómoda, lo hago.

—Nunca me he tumbado en una cama con un desconocido —suelto, con la mirada clavada en el techo de color beige.

Una lámpara de araña con cristales preciosos cuelga sobre nuestras cabezas.

—Pues solucionémoslo. Cuanto antes deje de ser un desconocido, antes dejarás de sentirte incómoda —asegura—. Pregúntame lo que quieras. ¿Qué te gustaría saber de mí?

Me giro sobre la colcha, tumbándome de lado, para poder mirarle a la cara. De pronto, sin la corbata ni la americana del traje, tengo la sensación de que parece una persona mucho más joven de lo que es en realidad.

—Antes me ha dado la sensación de que no te gustaba que te hiciera preguntas.

Él sonríe.

—Me ha sorprendido, no te lo voy a negar... Por lo general, las chicas que vienen de una agencia para trabajar como acompañantes no suelen comportarse como tú.

Me río tontamente, sintiéndome ridícula.

—A mí favor diré que era mi primera vez.

Andrew sonríe con ironía.

—Precisamente por eso —replica—. Todas suelen tener bastante claro que esto es un negocio, no una cita. Saben cuál es su lugar y no suelen sobrepasar cierta línea.

—¿Y te ha sentado mal que yo lo hiciera?

Tiro de la manta que antes me ha dado para taparme las piernas mientras la luz de la habitación parpadea al son de los relámpagos del exterior. Suspiro hondo. Por alguna razón incomprensible, las tormentas siempre me han parecido muy románticas. Mucho más que una cena a la luz de las velas o que un paseo por la playa... Sí, puede parecer una locura. Pero siempre he visto en ellas algo único y hermoso; algo salvaje.

—No me ha sentado mal —responde sin borrar esa sonrisa—. Más bien lo contrario.

Me doy cuenta de que a estas alturas de la noche poco queda del chico tímido y serio que he conocido nada más subirme a la limusina. Andrew me está dando una impresión muy diferente, mucho más cercana y cálida.

—Pues entonces me sentiré libre para interrogarte —me río, soltándome. Poco a poco empiezo a ser yo misma.

Cojo una fresa con chocolate y me la llevo a los labios mientras pienso en una buena cuestión.

—¿Cuál ha sido el último libro que has leído? —suelto, sin darle demasiadas vueltas.

Andrew se sienta en la cama y coge otra fresa de la bandeja.

—¿Eso quieres saber de mí? ¿Cuál ha sido el último libro que he leído?

Asiento sin dudar.

—Un libro puede decir muchas cosas de aquel que lo lee —aseguro sin dudar—. Es como esa frase de “dime con quién andas y te diré cómo eres” ... Bueno, algo parecido.

—¿Entonces no debería decirte cuál es mi libro favorito o algo así? ¿De verdad sirve de algo el último?

Repito el gesto anterior.

—Suéltalo.

—Ha sido un libro de economía y finanzas, algo técnico que necesitaba para algunos aspectos empresariales —confiesa, y ante mi rostro de decepción, añade—, pero déjame decirte que, por lo general, no suelo tener ese tipo de lectura en mi mesilla de noche.

—¿Y qué te gusta leer?

—Leo de todo... Y esto sí te lo digo muy en serio. Puedo pasar de Jack Kerouac o de Patrick Süskind a Agatha Christie en un abrir y de cerrar de ojos —bromea.

—Me gusta... Eso me gusta. ¿Tus mejores cualidades?

Andrew suelta otra risotada, todavía más fuerte que la anterior.

—Vale, espera, creo que toca hacer una pequeña pausa... ¿Y en qué momento llega mi turno para preguntar?

—Dejémoslo en que antes eras tú quien jugaba con ventaja y en que, ahora, soy yo quien lo hace.

Y, sin buscarla, me encuentro otra vez perdida en su profunda mirada. Tiene algo que me resulta demasiado atrayente. Demasiado irresistible. Andrew se acerca a mí y de forma deliberada —lo noto— deja caer su brazo junto al mío para rozarme la piel. Es un gesto delicado y sencillo, pero a su vez capaz de despertar el vuelo de un sinfín de mariposas en mi estómago.

—Mis mejores cualidades... Te diré tres.

—Adelante —le animo, cogiendo la última fresa de la bandeja.

—Persistente, paciente y valiente.

—Todas terminadas en “ente” —señalo—. Así que..., ¿no tienes nada de “oso”?

—¿De oso? —se ríe él, como si acabara de decirle una estupidez.

—Ya sabes, cariñoso, amoroso, afectuoso...

Andrew se queda inmóvil y, sin previo aviso, se acerca a mí y roza suavemente sus labios contra los míos. El gesto me pilla tan desprevenida que, al principio, no puedo evitar sobresaltarme y apartarme. Pero después decido dejarme llevar. Disfrutar. Este rato con él está siendo maravilloso y no quiero estropearlo por intentar ser demasiado precavida. Cuando se aparta de mí estoy en shock, sin respiración. Necesito unos instantes para asimilar el beso y recuperar la compostura.

—Cariñoso, amoroso, afectuoso... También tengo todo eso —murmura con la voz ronca.

Asiento con la cabeza mientras intento retener durante unos segundos más el sabor afrutado que ha dejado su beso en mi paladar

—¿Se acabaron las preguntas?

Sonrío, pensando en que me lo estoy pasando muy bien. En realidad, estoy disfrutando muchísimo de él. La primera vez que le he visto, de un simple vistazo, he podido llegar a imaginarme muchas cosas sobre él: chico serio, reservado, de buena familia, buen trabajo, una buena herencia, respetuoso, formal... Todo eso se veía a primera vista, y aunque no sé si estaba en lo cierto en todas esas suposiciones, lo que sí sé es que no tiene nada que ver con su aspecto externo. Tierno, cariñoso, amable... Un hombre que sabe escuchar y que, además, sabe conquistar.

Diría, aún aventurándome a poder equivocarme, que no tiene nada que ver con Arnie ni con la mayoría de los chicos con los que he estado hasta ahora.

—No, todavía no. Estoy disfrutando —insisto, encantada con el rumbo que está cogiendo la conversación y la noche.

—¡Dispara!

—¿El mayor error que has cometido en tu vida? —suelto sin pensar que, quizás, la pregunta podría ser demasiado comprometida para una primera cita.

Andrew se torna serio y se queda pensativo.

—Es una buena pregunta —admite, antes de beber champán. La botella ya se ha acabado y solamente nos queda el minibar de la habitación—. Supongo que mi mayor error siempre ha sido anteponer los deseos de los demás a lo que realmente quería yo. Pero aprendí de ese error, si te sirve de algo...

Le guiño un ojo de forma juguetona y, en ese instante, me doy cuenta de que mi aprensión, mi vergüenza y todos los miedos que albergaba al principio de la noche ya han desaparecido por completo. No queda ni rastro de ellos y, por fin, empiezo a disfrutar del encuentro siendo yo misma. Bueno, en realidad, siendo Susan. No Keira. Desde hace un buen rato, no paro de preguntarme si no ha llegado ya el momento de decirle mi nombre de verdad o no.

¿Seguirá Andrew pensando que solamente soy una chica a la que ha contratado para acudir a una fiesta o empezará a ver en mí algo más?

A estas alturas de la noche —son casi las seis de la madrugada— la habitación ya está caldeada y he dejado de tener frío. La manta está hecha un rebujo, en nuestros pies. Andrew se ha arremangado la camisa hasta los codos y mi vestido queda ligeramente subido por encima de mis rodillas. Llevamos así horas, charlando. Y si he de ser sincera, creo que en mi vida había dedicado tantas horas seguidas a hablar con una misma persona. Estar con él es sencillo, porque él es sencillo. Su mano se posa encima de mi hombro y, delicadamente, tamborilea con la yema de sus dedos sobre mi piel. Después los desliza hacia arriba y hacia abajo de forma delicada, haciéndome pequeñas caricias. Él ignora el gesto, simplemente lo hace de forma natural. Y yo, aunque soy consciente de él, lo disfruto sintiéndome cómoda. Las horas y los secretos contados en voz alta que hemos compartido han hecho que esos pequeños e íntimos gestos ya no parezcan bruscos, sino más bien lo contrario. Ahora le miro a los ojos y no veo al chico de la limusina porque ya no tengo la necesidad de imaginar quién es. Porque, la verdad, creo saber muy bien quién es él.

—¿El momento más traumático de tu vida? —suelto sin pensar.

Continuamos con la ronda de preguntas, desvelando nuestras confesiones más íntimas como si fuéramos amigos de toda la vida. Le he contado a qué edad me di un beso por primera vez, con cuántos años perdí la virginidad y la anécdota de aquella noche en la que mi madre encontró un condón en el bolsillo trasero del pantalón vaquero que había echado a lavar sin antes revisar.

—La muerte de mi abuela —responde con rapidez—. Murió... delante de mí. Llevaba meses mal y nos decían que en cualquier momento podía irse, así que mis padres me llevaron a verla a la residencia para que pudiera despedirme de ella. Yo no entendía muy bien lo que estaba sucediendo —dice, y me doy cuenta de que su voz se ha tornado mucho más apagada de lo normal—, solamente la vi allí, en la cama, con el respirador... No entendía lo que era la muerte y no sabía qué iba a pasar, solamente que estaba enferma.

Me quedo en silencio, mirándole fijamente y dejándole continuar.

La verdad es que parece muy afectado, así que estiro el brazo y entrelazo mis dedos con los suyos, animándole a continuar su relato.

—Estaba dormida. Veía cómo su pecho subía y bajaba, subía y bajaba, una y otra vez... Tenía los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre su abdomen. Mis padres salieron de la habitación para hablar con la enfermera y con los responsables de la residencia y me dejaron allí a solas. Yo tenía seis años —explica con una mueca de disgusto mientras los ojos se le empañan.

De pronto, me siento terriblemente mal por haber hecho esta pregunta. Pero, por otro lado, me maravillo al comprobar que, conociéndome de tan solo un par de horas, pueda estar contándome algo tan íntimo sin sentir vergüenza. Sus ojos, cada vez más acuosos, me confirman una cosa: tenía razón cuando ha dicho que una de sus cualidades era ser valiente. El acto de llorar en sí necesita mucha valentía, todavía más cuando se ha de hacer delante de los demás. Pero llorar sana. Llorar es curar con agua salada las heridas internas, esas que se esconden muy profundamente dentro del corazón.

—Se le abrieron los ojos de repente y, cuando me miró, supe que me había reconocido. Sabía quién era —continúa él, con el tono de voz afectado e incapaz de disimular cierta congoja—. Últimamente estaba tan ida que le costaba comprender quién era quién. Se quitó el respirador de

la boca, me sonrió sin dientes y me pidió que me acercase a ella con un sigiloso gesto con el dedo índice. Pegué mi oreja a su rostro y susurro que...

Andrew hace una pausa mientras las lágrimas recorren de forma atropellada ambas mejillas de su rostro.

—Me susurró que siempre cuidaría de mí, allí donde estuviera.

Intento contener el llanto, pero no soy capaz. Ni siquiera soy consciente de lo que estoy haciendo cuando salto a sus brazos, estrechándolo contra mi cuerpo. Nos quedamos así unos minutos, sin decir nada, hasta que al final Andrew consigue recuperar el aliento y recomponerse.

—Ahora, ¿vas a contarme el momento más traumático de tu vida?

Suelto una risita irónica y niego rotundamente.

—Ni de broma —aseguro—. Diga lo que diga tu historia me dejará en mal lugar... Puede que sea traumática, pero a su vez es preciosa.

Él asiente y agacha la mirada hacia nuestras manos, que continúan entrelazadas, mientras yo todavía estoy intentando deshacer el nudo que tengo en el estómago.

—Incluso en la oscuridad uno puede encontrar algo de luz, ¿verdad?

—Verdad —aseguro, esforzándome por respirar profundamente y dejar la congoja atrás—. ¿Sabes? Creo que se ha terminado la ronda de preguntas...

Andrew me mira extrañado, pero antes de que pueda decir nada, soy yo la que se lanza a besarle. Me sorprende que, a diferencia de mí, él no tarde en reaccionar. Tengo la sensación de que llevaba muchísimo tiempo esperando a que este momento se repitiera. Su lengua recorre mi paladar mientras sus manos repasan mi silueta. Mi cuerpo entero suspira por él. Intento controlarme y recordarme a mí misma que solamente le conozco desde hace unas horas. Pero no soy capaz. Tengo la sensación de que le conozco desde siempre, como a Cailyn. Como si, de alguna forma inexplicable, Andrew llevara toda la vida a mi lado. El beso se va volviendo más tórrido hasta que al final la pasión toma el control de mis actos. No pienso con claridad mientras le voy desabrochando poco a poco la camisa, muy despacio, disfrutándolo. Andrew no parece darse cuenta; está demasiado ocupado besándome. Tiene una mano apoyada sobre mi cintura, mientras que la otra está posada sobre mi nuca. Cuando por fin termino de desabrochar los botones, tiro de la camisa con intenciones de quitársela. Él se separa de mí unos instantes para mirarme boquiabierto.

—¿Qué haces? —inquire, sorprendido.

Me vuelvo a lanzar a por él, acortando la distancia que ha creado entre nosotros.

—¿No decías qué...?

—Olvida todo lo que decía —murmuro entre jadeos, mientras mis labios vuelven a buscar su piel—. Olvídalo todo y bésame —suplico.

Andrew tarda un instante en reaccionar y, cuando lo hace, vuelve a la acción sin ningún miramiento. Me besa apasionadamente y de una forma muy diferente a las anteriores, como si ahora no tuviera por qué contenerse. Como si ahora, por fin, pudiera devorarme de principio a fin. Sus manos recorren las costuras de mi vestido en busca de la cremallera y, cuando la encuentra, no tarda demasiado en hacerla desaparecer. En un visto y no visto, me encuentro prácticamente desnuda frente a él. Le desabrocho el pantalón mientras los efectos del champán se me suben a la cabeza, nublándome la visión. Nos miramos fijamente. Sus ojos vuelven a traspasarme hasta el interior y un escalofrío se desliza por mi columna vertebral. Sus labios rozan mi clavícula mientras me desabrocha el sujetador. Mis pechos quedan al aire y mi vergüenza, por extraño que parezca, es inexistente. La primera vez que me acuesto con un chico suelo tener ciertas reservas

que hoy no han aparecido. Le quito el pantalón de traje, fijándome en su abdomen plano y en su marcada musculatura. Algo me dice que todo se debe a la genética, y no al gimnasio. Andrew no ha hablado demasiado de su trabajo, pero intuyo que es un hombre ocupado con muy escaso tiempo libre para disfrutar de sí mismo. Cierro los ojos, dejándome llevar mientras su lengua recorre mi vientre de forma pausada y lenta, descendiendo suavemente hasta mi ropa interior. Siento un cosquilleo allí abajo y una necesidad inmensa de lanzarme sobre él. Pero me contengo. Me contengo y, al mismo tiempo, me dejo llevar. Es una sensación extraña, como si quisiera experimentar el placer al máximo, pero, a su vez, reprimirlo para que no termine jamás.

—¿Vas a decirme tu nombre? —ronronea, posando su boca sobre mi ropa interior.

Coge la goma de mis braguitas entre sus dientes y tira de ella, rasgándola. De un tirón, me arranca la ropa interior. Sonríe internamente con malicia, diciéndome a mí misma que tanta práctica indica que no es la primera vez que lo hace.

—Eres un experto —le digo, casi sin voz, sin responderle a la anterior pregunta.

Puede que, al final de todo esto, decida contarle cómo me llamo, dónde vivo y, quizás, incluso, pedirle una segunda cita. Puede que termine más enamorada de lo que ya estoy. Porque sí, ¿para qué negarlo? En toda mi vida jamás me había tropezado con un hombre como Andrew. Jamás había tenido la sensación de conocer tan profundamente a alguien que no había visto con anterioridad.

Su lengua se posa sobre mi sexo y yo, con las piernas abiertas, cierro los ojos y me rindo totalmente a él. Siento cómo la intensidad del placer asciende por mis extremidades, haciéndome temblar de pies a cabeza.

—Oh, Dios mío... —jadeo, consciente de que, si sigue así, en cualquier instante, explotaré.

Estoy a punto de alcanzar el orgasmo cuando, de pronto, Andrew se detiene y levanta la cabeza. Sonríe con malicia, apartándose de mí.

—Esto es una tortura —mascullo, sonriente.

Su respuesta se reduce a un sensual y provocativo guiño de ojo que me vuelve loca de remate. Le veo acercarse, en bóxers y calcetines, hasta su chaqueta para coger un preservativo del bolsillo interior.

—¿Tenías esto planeado o siempre llevas uno encima por si acaso? —bromeo, aunque en el fondo me pica la curiosidad.

Le veo debatiéndose consigo mismo; supongo que está decidiendo si decirme la verdad o mentirme. Y no sé por qué, pero también supongo que la mentira será mucho más desagradable.

—¿La verdad? —inquire—. Esperaba poder usarlo, y tampoco perdía nada metiéndolo en el bolsillo.

Suelto una risotada justo antes de lanzarle una almohada.

—Así que el bueno de Andrew, ¿eh? —bromeo.

Y antes siquiera de darme cuenta, ya ha vuelto a la cama y está frente a mí. Me acaricia la espalda suavemente cuando me siento a horcajadas sobre sus piernas. Sus manos se deslizan descendientemente hasta quedar posadas sobre mi cadera. Mientras tanto, yo me hundo lentamente sobre él. Noto cómo me invade por completo, haciendo suyo cada centímetro de mis entrañas. Me mezo muy suavemente y sus pupilas, que están clavadas en mí, se dilatan al escuchar mis gemidos de placer. Cierro los ojos y me dejo llevar por el resto de mis sentidos. Andrew huele a perfume caro. Tiene las manos suaves. Es delicado, pero firme y fuerte. Acelero más el ritmo, sintiendo más y más. Notando cómo me llena, cómo me toca, cómo me besa. Su lengua recorre mi cuerpo y se desliza por mis pezones. Primero por uno y después por el otro, dejando unos mordisquitos en

el proceso. Sus dedos se clavan en mi piel, apretando. Escucho sus jadeos. Su voz ronca y fuerte, profunda.

—¡Para! —grita, apartándose unos centímetros de mí y deteniéndome—. Necesito que pares...

Abro los ojos con una sonrisa traviesa dibujada en el rostro.

—¿Qué pare? —repito, desconcertada.

—Eres... Eres increíble... y si no paras...

Me río tontamente, intuyendo qué es lo que me quiere decir con eso. Pero, muy a su pesar, no tengo ninguna intención de detener mis movimientos. Sigo moviéndome, lentamente, suavemente, mirándole. Sonriendo con picardía y malicia mientras su rostro se descompone en placer.

—Susan, para... —suplica.

Me inclino sobre él y, con sensualidad, le muerdo delicadamente el lóbulo de la oreja.

—No voy a parar —murmuro casi en un ronroneo—. Y no me llamo Susan...

Puedo notar su sonrisa, aunque no puedo verla.

Andrew me vuelve a apartar unos centímetros y, sin previo aviso, me lanza a la cama y se coloca con rapidez sobre mí.

—Ahora mando yo —ordena, serio y ronco.

No puedo borrar la sonrisa.

Me coge las manos con firmeza y me las coloca sobre la cabeza.

—¿Podrás estar quietita? —pregunta, mordiéndose el labio sensual con muchísima sensualidad.

—No lo sé —confieso, mientras le envuelvo con mis piernas.

Aprieto su cuerpo contra el mío, levantando la cadera para recibirle en cada embestida. Andrew es tan intenso, tan pasional... No deja de besarme, de tocarme, de acariciarme. Y eso me encanta; me vuelve loca. Siento cómo poco a poco voy sumergiéndome en una nebulosa. Sus jadeos me llegan de lejos y empiezo a ver borroso. El placer se multiplica por mil y sé que, de un momento a otro, explotaré. Grito de placer, sin contenerme, cuando el aumenta el ritmo. Se clava con tanta fuerza en mi interior que tengo la sensación de que me partirá por la mitad. Grito. Grito su nombre. Y él también grita el mío, aunque sepa que no es real. Y entonces, en el preciso y justo momento, ambos estallamos de placer de forma perfectamente sincronizada. Como si nuestros cuerpos hubieran conectado en plenitud.

Tardamos unos minutos en recuperar la respiración. Andrew se hace a un lado para no aplastarme y yo me deslizo junto a él para apoyar mi cabeza sobre su pecho. Siento su corazón latiendo con fuerza en el interior y su respiración agitada calmándose muy poco a poco mientras su pecho continúa subiendo y bajando.

—¿Sabes? —susurra en voz baja, justo en mi oído—. Creo que me he enamorado de ti.

Me tenso al escucharle.

No porque piense que lo dice en serio. En absoluto. Sino porque, al contrario de Andrew, yo sí que creo que, de forma inconsciente e irremediable, me he enamorado de él.

Deslizo la manta sobre nuestros cuerpos desnudos. Andrew hace unos minutos que se ha quedado dormido y yo estaba a punto de hacerlo, pero el frío me lo impedía. Son las seis y media de la madrugada. Demasiado temprano para que la gente merodee por el hotel, aunque demasiado tarde como para que nos vayamos a dormir.

Vuelvo a mirar el reloj-despertador mientras me digo a mí misma que cerrar los ojos un par de minutos no me hará ningún mal. Después me vestiré y me marcharé a casa, antes de que Cailyn se empiece a poner nerviosa y termine llamando a todos los hospitales de la zona. ¿Estará preocupada? ¿Se preguntará dónde me he metido?

Intento divisar mi teléfono móvil con la mirada, pero los párpados me pesan tanto que termino quedándome dormida. Un rato después, cuando el reloj de la mesilla marca las ocho menos cuarto, los vuelvo a abrir. Andrew está abrazándome desde atrás, con un brazo posado sobre mi cuerpo. Estoy tan calentita y me siento tan a gusto, que soy incapaz de levantarme y ponerme en marcha. Estoy cansada y, ¿por qué mentir? También un poco resacosa. Necesito dormir. Además, cada vez que cojo aire por la nariz, percibo su olor masculino filtrándose en mis fosas nasales. Me siento tan bien de esta forma, abrazada a él... Poco a poco vuelvo a adormecerme. Siento cómo los párpados se me van cayendo lentamente. Sé que debería levantarme. Aunque solamente sea para enviarle un mensaje a Cailyn y que se esté tranquila. Pero no lo consigo. Andrew entrelaza sus dedos con los míos y, sin saber que estoy despierta, deposita un suave beso en mi espalda. Eso es lo último que recuerdo antes de volver a quedarme profundamente dormida.

La segunda vez que abro los ojos él ya no está en la cama. Está sentado en uno de los sillones de la cristalera, en el mismo sitio en el que anoche contemplamos la tormenta eléctrica que se cernía sobre la ciudad. A su lado, hay una bandeja repleta de comida con una jarra de zumo de naranja. También veo otra botella de champán.

—No pienso empezar el día bebiendo —le digo a modo de “buenos días”, sin poder ocultar una sonrisa tonta en mi rostro.

Hoy me siento especialmente feliz.

Supongo que el recuerdo tan perfecto de la noche de ayer tiene muchísimo que ver.

—No es necesario. Con que lo empieces a mi lado, me basta —admite Andrew.

Me levanto desnuda de la cama y, con rapidez, camino hasta el cuarto de baño, avergonzada, mientras siento su mirada clavada en mi trasero. Me lavo la cara, los dientes —me gusta desayunar con los dientes limpios, aunque después tenga que volver a repetir el proceso—, y me coloco un albornoz de ducha antes de volver a salir. Andrew solamente va vestido con sus bóxers y confieso que, al verle, compruebo que a la luz del día y sin champán su aspecto es mucho mejor de lo que recordaba la noche anterior.

—¿Te apetece un zumo y unas tostadas?

Asiento mientras ocupo la butaca contigua a él.

Estoy acomodándome cuando, de pronto, Cailyn me viene a la cabeza. Me levanto de un salto y me apresuro a rebuscar entre mis pertenencias hasta encontrar mi teléfono móvil. Me sorprendo al comprobar que no tengo ningún mensaje ni llamada de ella, aunque después recuerdo el estado de embriaguez con el que la vi por última vez y todo cobra sentido. Supongo que aún tardará unas cuantas horas más en revivir y convertirse de nuevo en una persona, pero aún así decido mandarle

un mensaje. “Estoy bien, volveré a casa en unas horas”. Corto, sencillo y sin explicaciones. Sé que no me libraré de un buen interrogatorio, pero decido que me enfrentaré a ello llegado el momento.

Regreso a el sillón y compruebo que Andrew ya ha colocado frente a mí un par de rebanadas de pan con mermelada, un zumo de naranja y un cruasán que tiene una pinta exquisita.

—Y... ¿Ahora qué, Susan? —me pregunta.

Levanto la mirada confusa, sin saber a qué se refiere.

—Desayunamos, nos vestimos, te llevo a casa, te doy tu dinero y, ¿se acabó? ¿Si te he visto no me acuerdo?

Al escucharle siento cómo un nudo se instala en mi garganta. Me apresuro a darle un trago al zumo para intentar deshacerlo, pero no sirve de nada.

—Supongo que está en nuestras manos —murmuro casi sin voz, mientras me pierdo en su mirada.

Creo que sería absurdo y ridículo confesar en voz alta que, sin pretenderlo ni quererlo, me he enamorado de él. Creo que podría decirle que esto ya no es un trabajo para mí, que estoy loca por decirle cómo me llamo, dónde vivo y cuántos hijos quiero tener. Pero sé que pensaría eso exactamente; que estoy loca de remate. En realidad, incluso yo lo creo.

¿Cómo diablos me las he apañado para terminar perdiendo la cabeza por un hombre que conozco desde hace tan solo unas horas? ¿En qué momento de mi vida he dejado que ocurra algo así?

—¿Y qué quieres hacer? Está en tus manos, en realidad —me dice, sirviéndose una taza con doble dosis de café—. Yo te vi en una fotografía y, desde ese instante, lo tuve todo muy claro.

—¿Y qué tuviste claro, Andrew? —curioso.

—Tuve claro que serías la chica con la que compartiría mi vida —asegura sin un ápice de duda—. Así que ahora te toca a ti, ¿me dices tu nombre y aceptas casarte conmigo? —bromea, aunque algo en su forma de decirlo me hace intuir que hay parte de solemnidad en esa pregunta.

—¿Sabes qué? —respondo, sintiendo esas extrañas cosquillitas en mi estómago que padezco desde que ha aparecido Andrew frente a mí—. Que, si consigues adivinar mi nombre, me casaré contigo.

Y aunque esa última frase también se la digo bromeando, sé que en el fondo tiene un porcentaje muy, muy alto de solemnidad.

Susan me mira muy boquiabierta, como si todo lo que acabáramos de narrarle no tuviera el más mínimo sentido. Me giro hacia Andrew, que parece divertido con la reacción de ella, mientras yo rezo internamente porque no la hayamos traumatizado.

—¿Me lo decís en serio? —pregunta, mirándonos como las vacas al tren—. ¡No puedo poner eso en un trabajo para clase!

Andrew suelta una carcajada descomunal y yo, muy seria, intento cogerla de las manos para que se tranquilice.

—Ya sé que no es lo que esperabas escuchar, pero no podemos decirte otra cosa —admito con voz calmada—. Esa es nuestra historia, hija.

Susan pestañea varias veces, tanteando la mirada entre su padre y yo. Parece consternada.

—¿De verdad esperáis que ponga en un trabajo para el instituto que mi padre le pagó dinero a mi madre para que saliera con él? ¡Y para que se acostara contigo! —grita, señalando a Andrew con un dedo acusador.

—La verdad es que no le llegue a pagar ni un dólar... Incluso en aquella época era demasiado orgullosa —se ríe a pleno pulmón.

Le lanzo una patada por debajo de la mesa y le pido que se levante ahora mismo.

—Vete. Déjanos a solas —suplico, sopesando de forma interna la mejor manera para solucionar todo esto.

Andrew obedece, pero antes de marcharse me da un profundo y delicado beso en los labios. Puede que a Susan no le haya gustado escuchar cómo se conocieron sus padres, pero la verdad es que nosotros siempre nos hemos sentido orgullosos de nuestra historia. De nuestros comienzos.

—Ni tu padre es una mala persona ni yo soy ninguna “vendida” —le digo, dejándole las cosas muy claras—. Nos enamoramos. Y me alegro de que las cosas sucedieran tal y como sucedieron, Susan, porque la otra alternativa no era demasiado buena.

—¿Ese chico del que has hablado, Arnie? ¿Qué pasó con él?

Me fijo en que mi hija tiene los mismos gestos que Andrew. La verdad es que cuanto más mayor se hace, más cuenta me doy de que ha sacado lo mejor de los dos.

Me levanto de la silla y me acerco hasta el mueble del televisor. Ahí abajo, tras todas las revistas de publicidad que Andrew colecciona, está mi diario. Hace años que no lo leo y hace todavía más años que no escribo nada en él, pero está todo escrito con detalle y con mucha, muchísima pasión.

—¿Qué es esto? —inquire, desconcertada.

—Mira la última página —le digo, guiñándole un ojo.

Susan abre el diario y empieza a pasar páginas hasta el final. Ahí está la lista. Tres páginas enteras de nombres.

—¿Qué es? ¿Qué son estos nombres?

—Al final de todas y cada una de nuestras citas tu padre probó suerte con un nombre —le cuento—. Y en todas y cada una de las citas me pedía que me casara con él. Y yo le respondía lo mismo... Que hasta que no lo adivinase, no aceptaría su propuesta.

Susan pasa las páginas con lentitud.

—¡Dios! ¿Tanto tardó? —pregunta, anonadada.

Yo me río.

—Más de lo que a mí me hubiera gustado —admito—. Puedes quedarte el diario. Ahí tienes toda nuestra historia y todas nuestras citas hasta el momento en el que dije que “sí, quiero”. Como te he dicho antes... Puede que no sea la historia más romántica o puede que te esperases otra cosa de nosotros, pero nos conocimos de esa forma y creo que es justo que lo sepas.

—Lo que no entiendo es que a papá le haga tanta gracia —refunfuña, cruzándose de brazos.

—Para él es una anécdota muy bonita —aseguro, aunque sé que ahora mismo no conseguiré hacerla entrar en razón.

Se avergüenza de nosotros. Y, la verdad, puedo llegar a entenderla. Susan ha sacado mucho a su padre, por supuesto, pero también ha heredado mi sensatez. Aún recuerdo la forma en la que reaccioné cuando Cailyn me confesó que trabajaba para esa agencia, así que de alguna forma puedo llegar a comprender la vergüenza que siente hacia nosotros.

—Lee la segunda cita —le propongo—. Fue todavía mejor. Más divertida, más romántica...

—¿Y todas fueron así? “¿Perfectas?” —dice, alzando unas comillas irónicas en el aire.

—No todas fueron perfectas, ni bonitas...

Abro el diario y vuelvo a dirigirme a las últimas páginas. Le señalo una parte en la que se diferencia claramente cómo se produce un cambio de tinta.

—Entre esta cita —digo, señalándole con el dedo índice el nombre de “Cathy”—, y esta otra cita —añado, señalando el nombre de “Marie”—, pasaron casi seis meses. Tu padre me rompió el corazón

Me mira boquiabierto, sin saber qué decir.

—¿En serio? ¿Cómo?

Suelto un suspiro.

—Ya te lo he dicho. Nuestra historia no es la mejor ni la más bonita, Susan... Pero sí es nuestra. Y eso es lo más bonito del amor —le cuento, sintiéndome nostálgica—. Algún día lo entenderás. No importa quién esté en tu vida, porque de pronto verás una cara, unos ojos, y te darás cuenta de que querrás despertarte cada día de tu vida con esa sonrisa en concreto y no con ninguna otra más.

Sé que a sus escasos catorce años de edad aún es muy temprano para que lo comprenda. Pero también sé que, tarde o temprano, me creará.

Susan cierra el diario, me lanza una mirada contenida y sin decir nada más, se levanta de la mesa.

—Diré que os conocisteis en un bar —explica con seriedad, como si fuera una persona adulta que ya ha tomado una decisión respecto a algo—. Y a mis amigas les contaré lo mismo. De verdad, ¿tener unos padres normales era tanto pedir?

Yo aprieto los labios y asiento.

—Si eso quieres, será la versión oficial. Nos conocimos en un bar —le respondo, conteniendo la risa—. Pero entonces puedes devolverme el diario —añado, estirando el brazo—. Creo que esa historia no te gustará.

Susan aprieta el librito contra su pecho y, muy lentamente, sacude la cabeza.

—Estáis locos —repite, dejándolo muy claro—. No sois normales.

—La segunda vez que vi a tu padre me llevó a París —le cuento, incapaz de contener un suspiro nostálgico—. ¡A París! En esa cita me entregó el anillo de pedida, aunque como ya te he contado, yo me reservé la respuesta hasta casi un año después...

Hago girar el anillo de pedida que aún llevo en mi mano izquierda. Susan está a punto de dejar

el diario sobre mi mano cuando, después de pensárselo dos veces, lo retira.

—Lo leeré —reconoce finalmente—. Pero que sepas que seguiré pensando lo mismo...

La veo irse por la puerta con el diario en la mano, dejándome a solas. La sala se queda en silencio y cojo aire profundamente, desenterrando los fantasmas del pasado. Han transcurrido muchísimos años desde entonces, pero todavía recuerdo todas aquellas primeras veces con Andrew como si fueran ayer. Cierro los ojos y, de pronto, me veo paseando de su mano por los Campos Elíseos. Por entonces, todo me aterraba y me apasionaba a la vez, porque con Andrew siempre tenía la extraña sensación de estar colgando de la cuerda floja.

Pero entonces abro los ojos, y me doy cuenta de que eso quedó atrás. Todas las historias de amor tienen un principio y un final; la nuestra, comenzó así. Aunque nadie sabe cuándo llegará a terminar...

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en e-book.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magena

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho

Un pitcher en mi corazón

Un pitcher solo en mi corazón

Sabor a caramelo

Sabor a chocolate

El consultorio